

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO II

TEGUCIGALPA: 15 DE JUNIO DE 1903

NUM. 39

Al Federico Krupp

† en la villa de Essen

¡FÉRREO viejo amado de la fortuna:
fúnebre fabricante de máquinas trágicas:
frío matador de hombres:—también tú
has caído en la sima tenebrosa bajo el ru-
do guantelete de la muerte!

El sangriento relámpago de tus fraguas
pasa como un fulgor siniestro sobre la hu-
manidad; y el estruendo de tus formida-
bles baterías ha hecho estremecer al mun-
do.

Los cuarenta mil cañones salidos de
tus fábricas—negros tubos de dolor y de
terror—han derribado montañas de hom-
bres y han cantado tu apoteosis con sus
roncas voces de exterminio.

Supiste explotar á la muerte, á esa pá-
lida enigmática que al fin llegó á cansarse
de tu complicidad en su negra obra. Ella
te enseñó á despreciar la miserable carne
del hombre; ella puso una fría sonrisa en
tu irónica boca; ella te hizo en la sombra
el terrible signo fraternal; y de pronto,
de un sólo golpe te arrojó sin vida sobre la
tierra que tu industria satánica ha cu-
bierto de cadáveres.

Hiciste, como un viejo actor cómico, la
comedia de la filantropía y del bien, arro-
jando tu oro maldito á los inválidos de
tus fábricas; y en Capri, isla de fuego
y de amor, bañada por el Mediterráneo,
en un palacio de oro y de mármol, en las
horas nocturnas, vibró tu carne, refinada
como la de un viejo sátiro, en fállicas es-
cenas de placer doloroso.

El VORWARLS, diario socialista de Ber-
lín, hizo conocer tus verdes cantáridas
y arrojó sobre tí sus apóstrofes semejan-
tes á fúlgidas brasas; y he aquí que á pe-
sar de tus ciento cincuenta millones de

francos, la palabra tremenda de un perio-
dista, semejante á un martillazo en el
cráneo, te mató en un segundo, en la vi-
lla de Essen, en la brumosa tierra de
Alemania.

Caíste como fulminado por un rayo di-
vino; y en el lago de lágrimas que formó
tu obra, no rodará una de piedad y de
amor.....Y en el fondo de la tumba ten-
drás durante un instante, que será un si-
glo, una pesadilla sobrehumana; el es-
truendo, único y tremendo, de tus milla-
res de cañones; y luego la terrible visión
de la tierra bañada de sangre, de las nu-
bes desgarrándose en lluvias de sangre,
de las estrellas cayendo de los negros cie-
los como lágrimas de sangre....

FROILÁN TURCIOS

Immortalidad

CUANDO en el éter fúlgido y sereno
arden los astros por la noche umbría,
el pecho de feliz melancolía
y confuso pavor siéntese lleno.

Ay! Así girarán cuando en el seno
duerma yo inmóvil de la tumba fría!
Entre el orgullo y la flaqueza mía
con ansia inútil suspirando peno.

Pero ¿qué digo? Irrevocable suerte
también los astros á morir destina,
y verán por su edad su luz nublada.

Mas, superior al tiempo y á la muerte,
mi alma verá del mundo la ruina
á la futura eternidad ligada.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

Discurso preliminar

*Prólogo de la versión
castellana de BELKISS.*

FIGÚROME un rey de Hastinapura, de Babilonia ó de Luksor, haciendo exhibir en una sala hipóstila, grande como para contener dos tempestades, un drama imposible. El rey es Kalayeni, Psamético ó Belshazar—y la pantomima real está manejada por los dedos de un Barnum faraónico. La escena debe contener elefantes, jardines de palmas, un trozo de mar, una puesta de sol en derrumbamientos de oro y treinta mil esclavos. El primer acto será color de esmeralda, el segundo de rubí, el tercero de turquesa, el cuarto de topacio. El quinto se desvanecerá en un esplendor de ópalo. En el maravilloso país de la China, en el Japón de los *samurais*, en la India fabulosa, se ha visto de esos dramas: dramas de treinta noches, cuyo asunto es un imperio de cien años. La escena griega—salvo las empresas de la formidable cuadruga eskiliana—no conoció esas grandiosidades, aunque en ella esté eternamente presente el mar. Sólo sé de un griego que tuviera la locura de lo colosal: aquel escultor audaz cuyo propósito era convertir el monte Athos en una estatua de Alejandro, estatua que debía tener suspendida de cada mano una ciudad de diez mil habitantes. El Oriente, no más, ha visto de esos dramas. Las razas panteístas ó simbólicas son las únicas susceptibles de concebir esas plenitudes de la maravilla. La poesía india está poblada de tales quimeras prodigiosas: Indra tiene un aspecto soberbio; su ojo es el Sol, su vestido el cielo, el huracán su soplo: su palacio de mil puertas está fundado en bronce, y de su cúpula con Soma han nacido todas las estrellas. Si del concepto panteísta de la divinidad entráis en la esfera puramente contemplativa, hallaréis el carro de Elías, la prodigiosa yegua Alborak en que el Arcángel Gabriel cabalga por los altos firmamentos, ó aquellas inmensas visiones de Moisés sobre el Sinaí, narradas por los eternos capítulos del Deuteronomio. Las pérdidas cró-

nicas de la Atlántida debían conservar recuerdos parecidos. Cosas así habrían visto, sin duda. los habitantes de Eusebes la piadosa y los antepasados de Moctezuma. Cosas así sólo fueron vistas por dos ciudadanos de Roma: Nerón y Escipión: incendiarios de Capitales. La Edad Media tiene como una visión inquieta de esos dramas inconmensurables, y sueña su sueño sublime de las ciudades de espíritus que vieron San Patricio y el Dante. Del Cristianismo esotérico quedaba ese tremendo estuche de relámpagos que se llama el Apocalipsis de San Juan. Todas aquellas visiones naufragaban, sin embargo, en los éxtasis de la angustia mística. La Metafísica parecía recordar asaz claramente la visión de Tespecio. Comarcas y fábulas figuran desde San Avito hasta Raban Mauro; la visión del Paraíso ilumina todas las cosmografías legendarias, desde la leyenda de San Macario hasta San Isidoro, hasta Ibn-Wardy, hasta Benjamín de Tudela. Pero el recuerdo de los elefantes se había perdido. Flaubert los vió una vez armados en guerra, frente á Cartago. Leconte de Lisie cazó el paquidermo admirablemente y aun escuchó el zumbido de las moscas que incomodaban á tan enormes rebaños. Pero la visión de los grandes reinos se había ido sobre las grupas de los elefantes.

Sólo un gran poeta podía atreverse á restaurar semejante pasado, y hubo un poeta que se atrevió: Eugenio de Castro.

Su obra, como no podía menos de suceder, resultó raramente bella. La Edad Media, vista á través de una alma moderna, debía dar sorprendentes perspectivas. Por que habéis de saber que Belkiss, á pesar de su nombre arábigo, y de que dá por personaje protagonista á aquella reina de Saba, quien ante Salomón "desnudó su muslo," es un poema medicinal, por su visible carácter de crónica fabulosa. Lo que tiene de antiguo es la visión suntuosa, las metáforas orientales, el soberbio y dominante colorido. Hay del Cantar de los Cantares en los gritos amorosos y de Las mil y una Noches (¡grande y hermoso libro éste!) en la visión de las pompas: las gemas de Marbodio bajo el vidrio maravilloso de la lámpara de Aladino. Antiguos son los elefantes, las

sedas, las esmeraldas, los oros, los esclavos que rinden á la reina de Saba sus servicios de placer y de bienestar. Pero la combinación dramática, el artificio psicológico, surgen del luminoso conflicto de ingenuidad primitiva y refinamientos extraños, que inquieta el alma de los estetas modernos. La ingenuidad de ciertas acotaciones sobrepasa á los mismos autos sacramentales en sus personificaciones legendarias. Parecen de Roswita ó de Rutebeuf. Si los personajes no declaman sus autobiografías, si no hay ceremoniosos ujieres que los anuncien por sus nombres, en pleno escenario, los recursos de conflicto son de una exquisita simplicidad: Belkiss, después de haberse frotado con hojas de cayza, siente morir sus deseos bajo su túnica y desvanecerse el divino ensueño de los besos de Salomón. ¿Sabéis cómo renace ese amor difunto? Huyendo de los espantos de la selva en que fué á apagar su sed de misterio, la reina de Saba cae desmayada sobre una mata de anacámpseros, "planta que tiene la virtud de despertar y avivar pasiones amorosas." Hé aquí, precisamente, todo el encanto de esta preciosa leyenda. Algo que sorprende en medio de los monótonos desenlaces naturalistas.

La erudición medieaval no es menos extraordinaria que la sutil penetración psicológica del poeta portugués. Muchos infolios y palimpsestos debe haber hojeado entre la riquísima bibliografía y cartografía de los tiempos medios. Todos los padres, monjes y sabios, Severiano de Gábala, Procopio de Gaza, Lactancio, Diodoro de Tarso, Edrisí, Abulfeda, San Juan Crisóstomo, Cosmas, Nicolás de Oresme, todos, como es sabido, hicieron su correspondiente viaje ideológico á las tierras vecindadas del Paraíso. Un ilustre compatriota de de Castro, el vizconde de Santarrem, exhumó preciosos mapas iluminados, de todos los siglos, formando con ellos una de las más hermosas colecciones de documentos medieavales que cuenta Europa. En las ilustraciones de aquellos pacientes iluminadores, está descrita la extraña fauna de las leyendas. Ya se sabe á qué prodigios de arte llegaron esos artistas, cuyos monumentos, el

Breviario Grimani de Venecia, y el libro de Horas de Luis XI, para no citar sino los más célebres, han inmortalizado los nombres de Jehan Fouquet y de Memling. Ricardo de Haldingham, es, sin duda, el príncipe de los geógrafos legendarios. Sus descripciones dicen verdaderas maravillas. Cuentan de los Esedones que moran en las orillas del Yaxartes, y se comen á sus parientes difuntos, considerando que "más bien sepultados están en sus estómagos que en los de los gusanos;" de los pigmeos, de los cíclopes, de los monoclos que sólo poseen una pierna cuyo pie les sirve de parasol cuando están sentados, de los etíopes que tienen cuatro ojos, de los cinántropos, de los grifos que se visten con las pieles de sus enemigos. Y los monstruos: el manticoro cuya cabeza de hombre tiene cuatro filas de dientes, ojos verdes, color de sangre, y cuyo cuerpo de león remata en una cola de alacrán; los sátiros con piés de caballo y cabeza de pájaro; el avestruz con cabeza de ganso, cuerpo de grulla y piés de ternero; el tigre, de cuya persecución se libra el caminante arrojándole un espejo; el monoceonte que se vuelve manso á la vista del seno de una doncella. Todo el conmovedor y visible esfuerzo de la Naturaleza, aplastada por la formidable negación de la vida, que es el misticismo cristiano.

No se trata en ningún modo del Breviario simbólico, tan en boga por entonces, sino de la verdadera historia natural de la Edad Media. Ved, por ejemplo, cómo se verificaba la reproducción de las víboras: (es el poeta Aurelius Prudentius Clemens quien lo cuenta en su *Hamartigeneia*, en versos llenos de horror dantesco:

.....sed cum calet igni
Percita femineo, moriturum obscena maritum
Ore sitit patulo: caput inserit ille trilingue
Conjugis in fauces, atque oscula fervidus intrat,
Insinuans oris coitu genitale venenum.
Nupta voluptati- vi saucia, mordicus hanstum
Frangit amatoris blanda inter foedera guttur
Infusaque bibit caro pereunte salivas.
His pater illecebris consumitur ac genitricem
Clusa necat soboles: nam postquam semine adulto
Incipiunt calidis corpuscula parva latebris—
Serpere, motatunq; uterum vibrata ferire.....
Nam quia nascendi nullus patet exitus, alores
Fetibus in lucem nitentibus excrucjata
Carpitur, atque viam lacerata per ilia pandit.....)

Las plantas y las piedras cobran también extrañas virtudes. Los Lapidarios antiguos describenlas en concepto simbólico-astrológico, de raro sabor arcaico. El ágata dá, á quien la lleva consigo, vigor, fecundidad, gracia y buenos colores; el jaspe ayuda á bien parir; el zafiro cura las úlceras y los males de ojos; el ónix provoca tristezas y malos sueños; el jacinto sirve de base á diversos electuarios febrífugos; la calcedonia aplaca la locura lunática; el alectorio que nace en el vientre de los gallos castrados, y tarda dos años para madurar, dá palabras á los oradores y devuelve á la mujer el amor de su marido; el carbunclo, que nace á guisa de ojo en la frente del dragón, está lleno de poderes—y por último el oro, el flamescente metal elaborado con los misteriosos fermentos filosofales, es tan eximio, que según el mismo Cristóbal Colón, quien posea oro de Ofir puede hasta hacer pasar las almas del Purgatorio al Paraíso.

No sería posible examinar, siquiera sumariamente, la poesía de los catorce siglos cristianos, que debe haber recorrido igualmente el insigne artista portugués, porque con sólo los nombres de los poetas místicos quedarían llenas las páginas que me restan. Aquel florecimiento maravilloso de un arte casi desconocido, ocasionó la primera evolución del latín, antes de la del romance, que es la vulgarmente conocida. Desde los bárbaros acrósticos de Comodiano de Gaza, en el siglo III, hasta las secuencias de Notker Bulbulus, en el X, de Godeschalk, en el XI, de Santa Hildegarda, en el XII, etc., el latín, cada vez más apartado de los metros clásicos, se enriquece de voces y de sonoridades, llegando al descubrimiento del *leitmoiv* por los secuenciarios y á la adquisición del consonante por los poetas de la escuela de San Gall. Grandiosa sucesión de ciclos artísticos, tan enormes como los de una cosmogonía, que puede estudiarse en el sabio libro de M. Remy de Gourmont, *Le Latin Mystique*, ó mejor aún en las páginas del *Braviario romano*; libro éste que á pesar de las novecentas adulteraciones con que le mancillaron los jesuitas Strada, Petrucci y Galucci, por orden del Urbano VIII, en

1631, cuando la pedantesca reacción del clacisismo, permanece siendo una de las más asombrosas maravillas poéticas del mundo.

Sin embargo, no es en la erudición ni en las bizarrías exóticas donde debe buscarse el verdadero encanto del poema de Eugenio de Castro. Es en el prestigio incomparable de su estilo, en los rtmos inauditos de su orquestación verbal, en la complicación sutilmente refinada de su concepción admirable. Su prosa está llena de versos.

Belkiss es una perversa finisecular calzando sandalias antiguas. Aquí la inmensa dificultad vencida por de Castro, aquí también, en parte principal, el secreto de su espléndida originalidad. Nosotros somos los reaccionarios inconscientes contra las sublimes tristezas de la Edad Media. Aquellos tiempos fueron heroicos, porque en ellos vivieron largas generaciones en pujante lucha contra la Naturaleza, causándonos hoy profundo estupor, no la extraña persistencia de los terrores legendarios, sino el valor verdaderamente sobrehumano que se necesitaba para sobrellevarlos é instigarlos, por odio á la Naturaleza y á la carne. El combate era heroico porque pretendía lo imposible, y el heroísmo no es otra cosa que la vocación de lo imposible. Pero la Naturaleza triunfaba siempre en su omnipotencia augusta. Apenas un grito de triunfo resurgió de entre los sacrificios y las incruentas contriciones, sólo una vez la Pureza pudo exclamar, por boca del doloroso monje Petrus Diaconus, desde lo alto de sus glorias inalcanzables:

*Ignoravi et nescivi
Corpus tuum, mulier.*

¡Mujer: yo no he conocido tu cuerpo! La enorme fuerza del Cristianismo se comprende únicamente al descubrir que pudo mantener tal estado de rebelión militante por espacio de catorce siglos, de catorcecientos años coronados de espinas y vestidos de penitencia.

La reacción ha estallado violenta, febril, azotada por satánicos ardores. De las furiosas castidades de los torcionarios hemos pasado á los más exhorbitantes histerismos de la fornicación. De ahí el

conflicto. Impotentes para resistir las violentas imposiciones del sexo, nos sentimos subyugados, fascinados por el idealismo cristiano, y titubeamos bajo las grandes puertas del crepúsculo siniestramente abiertas ante los impasibles silencios de la inmensidad.

Nadie como Eugenio de Castro ha sentido con tanta intensidad estas crueles dubitaciones de su siglo. Así, Belkiss es como la sed. Y en Belkiss está todo el Eugenio de Castro. Si yo imaginara á Eugenio de Castro hermafrodita, llamaría *Belkiss* á la parte femenina de su sér. Por esto ha interpretado tan hondamente la complicada psicología femenina, que llega hasta hacernos amar á Salomón, grande y magníficamente vestido como los cedros que cantan victoria sobre las fugas desgredadas de las tormentas. La reina de Saba es la yegua de pecho de paloma. (Un símbolo inédito que he tenido el honor de crear.) Los demás personajes son meros accidentes del drama. Belkiss, el alma de Belkiss, los vestidos de Belkiss, los ensueños de Belkiss, eso es todo. Ni en los suntuosos braseros de Swinburne había sentido tales frenesíes de lujuria intelectual. Ese amor es una incandescencia de diamantes. A los más omnívoros transportes de la falofagia, se unen acentos de una dilección desfalleciente y casi dolorosa. Y todo canta, en armonías combinadas como la molición de un largo traje de seda, el triunfante *Lous Veneris* de los deseos inapagables.

Juntos conocimos con Rubén Darío este poema en una noche del año pasado. Mís veintidós años se iluminaron. Admiré, admiramos, ¡oh maravilla! mucho más á la reina de Saba que á Salomón. En la escritura no es así.

Belkiss es más que una leyenda. Su melodía y su simbolismo, hacen de este episodio dramático de la crónica bíblica, uno de los más hermosos poemas de la literatura latina. No vayais á creer por esto, señores, que estáis en presencia de una catedral de Hugo. La obra de que se trata es exclusivamente emocional, wagneriana, lírica en el único y elevado sentido de la palabra, y para decirlo de una vez, una obra antinaturalista. La diferencia está entre el entusiasmo razo-

nado y el idealismo. Aquél conducirá siempre á las plenitudes vitales, éste á la delicuescencia por el despotismo ó por la anarquía. Aquél será siempre el Arte para los demás, éste permanecerá siendo ante todo, el Arte de sí mismo. Hay que optar entre Prometeo, antecesor de Edison, y Narciso, precursor de Cristo. Y no blasfemo.

Los intelectuales de hoy somos individualistas, porque somos idealistas. La reacción contra el igualitarismo democrático, nos conduce á la más intransigente aristocracia, dentro de una acracia absoluta. Preciso es confesar con violenta altivez, que la lógica, partiendo de esta base, va directamente, en el actual orden social, á la negación del deber y á la bomba de dinamita.

No pretendo aquí sino denunciar este hecho para llegar á la conclusión de que Eugenio de Castro es un individualista y por lo tanto un idealista. Que su poema, por el especial procedimiento lírico empleado en formarlo, por su simbolismo, por sus obscuridades de concepto, muy pocas, aunque las hay, está todo entero dentro de las tendencias que van hoy á la regeneración del Arte, al culto puro de la Belleza, por sobre todas las convenciones y las teorías.

Aquí tenéis, jóvenes iniciados, una traducción perfecta. Leedla con devoción estricta, pues está hecha magníficamente, con un inmenso respeto y un amor acendrado por el Arte. Leedla si queréis conservar eternamente en el espíritu melodías egregias y deslumbramientos perdurables. Es la obra de un gran poeta y la traducción de un virtuoso traductor.

Agradeced, sobre todo, al intelectual que así sabe presentaros esta obra maestra del renacimiento latino, y creed, en una palabra, que tenéis en vuestras manos un libro de Arte.

Bajo la atmósfera aun mal despejada de nuestras barbaries nativas, prologar un libro como éste significa decidirse á correr todos los azares de una edición fracasada. Pero aquí estamos, precisamente, para realizar sacrificios. Dominan, es cierto, los crasos mastodontes del comercio, la honorable dinastía de la lezna, los impertinentes gabanes del caballe-

ro de industria, biznieto del demócrata Cleon. Estamos en el mejor mercado de Zola y nada debe extrañarnos, porque "náo faría caso d' uma taça de licor finíssimo, quem se embebeda todo os días con vinho ordinario." (*)

Mucho merecen, pues, los que como Luis Berisso sostienen sin desmayar los colores del Arte en estas repúblicas plebeyas, donde la higuera de Timón ofrece sus diez mil gajos, con tocante solicitud, á todo lo que tiene algo de artístico; donde la saliva de los paladares ungidos de grasa porcina, mancha é infama todo verde laurel; donde la preponderancia umbilical del burgués ministerializado, pretende aventajar en eminencia la cima de todos los Olimpos de la gloria.

Sólo con el espíritu recogido en las sagradas meditaciones del Arte, en el grave concepto de las jerarquías, puede hojearse dignamente este poema de oro. Los pocos que tienen aquí el derecho de leerlo, elevarán á su traductor acciones de gracias, pues en tan perfecta versión apenas si se pierde un escaso número de las bellezas originales—mientras que tomando en ejemplo al insigne lusitano, seguimos labrando nuestras toscas leñas, con la esperanza de aparejar algún día una barca eximia, como la eximia barca que el tirano Polycrates envió á Anacreonte, para que éste fuera á dorarle su tiranía.

LEOPOLDO LUGONES

(*) *Belkiss*—P. 64.

Copos de humo

En las largas horas
de las tristes noches de invierno;
lleno de amargura,
de tristeza lleno,
con hiel y con lágrimas
escribí mis versos,
pensando en tus ojos de fuego,
pensando en tus labios de fuego,
pensando en tu alma de fuego!

Copos de humo los llamo
y son humo!
Humo de viejas pavesas,
que el tiempo alevé destruir no pudo;

restos de ilusiones
que yo amaba mucho
y que hoy en mi alma
su perfil proyectan,
su perfil oscuro;
y hablarme parecen con sus labios mudos
de alegrías muertas!
De ternuras muertas!
De promesas muertas!

Como un desfile de pálidas monjas,
de algún templo en el claustro sombrío;
con tocas y vestras
mis versos recorren los folios del libro;
van tristes, muy tristes
buscando un asilo,
como las aves que al golpe del anstro
perdieron su nido!
Llamarán á tu puerta, bien sabes,
y sólo te pido,
que los vean tus ojos de fuego,
que los besen tus labios de fuego,
y que hablen cabida
en el seno ardiente de tu alma de fuego!

JERÓNIMO J. REINA

El culto de los muertos

Esté aquí, sin duda, una de las más curiosas, más antiguas y al mismo tiempo más nuevas manifestaciones del sentimiento religioso. El culto de los muertos reposa en la idea de que los muertos no están muertos: este culto contraría con insistencia el sentido evidente de una de las palabras más claras de una lengua. Ardison, el "Vampiro de Uny" (célebre ya al igual de los más grandes genios), ha declarado, nos dicen los periódicos, "que estaba muy sorprendido de que sus víctimas no le respondiesen cuando él hablaba." Pero si el "Vampiro" ha aprendido que los muertos no hablan, sin duda continúa convencido de que oyen, piensan, en una palabra, viven. Únicamente son mudos.

¡La generalidad de los hombres está más avanzada que este triste epiléptico! De ningún modo, y el culto de los muertos es una prueba de ello.

No se trata del recuerdo que guardamos de una persona amada, de su imagen, de sus reliquias; me refiero á la persona misma, á quien se trata como si estuviese viva. Se la va á ver. Esto e

prodigioso. Una fatalidad, un accidente, la cólera divina, han obligado á un hombre á hundirse bajo la tierra, y á esto se llama morir. Sea, pero morir significa vivir una vida oculta; ello no significa dejar de vivir. Los muertos no hablan, aunque los espiritistas y los charlatanes dicen á sus manes fructuosos discursos; pero oyen, sienten y participan de la vida común. Se les va á ver. Se les habla: Oye mis sollozos. Está tranquilo. Te amo siempre. Mira estas flores. Los muertos gustan que se les obsequie con flores; los ramilletes les son agradables pero sobre todo, las coronas. La corona ofrecida á los muertos es simbólica de la elección paradisiaca; no es otra cosa, sino la corona de los elegidos, accesorio de los juegos paganos que el cristianismo conserva como insignia de la victoria suprema. Hay aquí una contradicción. El muerto vive ¿pero en dónde pasa su vida, dónde reside su conciencia, su alma? Preciso es optar, en este caso, entre el cielo y la tierra. Si en el fondo de la tumba los muertos oyen los gritos de aquel que se inclina sobre el abismo, es porque su alma fué envuelta junto con el cuerpo y reside en el sepulcro. ¡Triste ultratumba que no podrían hacer menos horrorosa, ni las lágrimas, ni las flores! Pero no; el alma se ha separado y subido hasta el espacio infinito. Lo que está dentro de la urna es el cuerpo inconsciente. ¿Por qué llevarle entonces á la tierra su amor y sus dones? Los hombres son razonables por definición. Toda costumbre es tanto más sabia cuanto más anti- sea. Y si ésta ha resistido el oleaje de los siglos es porque debe poderse explicar lógicamente.

El culto de los muertos reposa en la creencia oscura de que los muertos vuelven, después de su separación, á frecuentar los cuerpos de que fueron arrancados. Vuelven cuando son llamados por los vivos y obedecen á la voluntad de Dios; vuelven por nostalgia, según su capricho y también una vez por año, necesariamente el día en que la iglesia celebra su conmemoración. Entonces los muertos se reconstituyen en vivientes. Están en el fondo de su tumba como en un lecho desde donde escuchan los ruidos del mun-

do. A las palabras que se les dirigen, ellos responden sugiriendo pensamientos.

Esta creencia era ferviente en otros tiempos y universalmente propagada. Hoy no es sino una superstición oculta y vaga. Sin embargo, el culto de los muertos, tal cual lo practicamos, no admite otra explicación. En testimonio de su veracidad, los siglos pasados nos han transmitido una gran cantidad de leyendas. Es durante la noche del primero al dos de noviembre, cuando los muertos reencarnados levantan las piedras de sus sepulcros y bailan. Nolbein y muchos otros han dibujado esta danza macabra que la edad media, nada sentimental, quería cómica y á la vez fúnebre. Pero, cosa curiosa, en la época en que esto pasaba y en que el pueblo creía sin reserva en esas restricciones pasajeras, el culto de los muertos no revestía ninguna forma material. Los cementerios, con sus tumbas alineadas bajo los árboles y entre las flores, no existían. A los grandes se les exhumaba en las iglesias, á los otros se les amontonaba en fosas. Cuando se descarnaban, sacábanse los huesos y los ordenaban en murallas y pirámides. De día eran lugares de paseo y de noche servían para citas de amor, sin ningún respeto ni miedo. Por lo demás, el amor no teme á la muerte y, aun hoy mismo, los cementerios son los sitios preferidos por los enamorados para sus pasiones clandestinas.

Tal como se practica ahora, el culto de los muertos es una de las últimas manifestaciones populares del sentimiento religioso, y es de creerse que ha crecido á medida que disminuye el crédito de las religiones organizadas. Antiguo y primitivo en su esencia, es nuevo en su forma actual, que no dimana ni de las tradiciones católicas ortoxas, ni de las tradiciones puramente paganas. Una fácil investigación histórica nos diría en qué momento la muchedumbre ha comenzado á esparcirse en los cementerios el dos de noviembre. Pero lo que es viejo como el mundo, es la idea que simboliza—idea inarrancable del corazón humano—de que los muertos no están muertos.

REMY DE GOURMONT

Ofensiva

Canto al porvenir de la raza latina en América.

Wake!

HAMLET

I

CADA vez que en la cumbre desolada
De la ardua cordillera,
Y tras hondo angustioso paroxismo,
Como caliente lágrima postrera,
Brotó de las entrañas del abismo
Misterioso raudal, germen naciente
De turbio lago, caudaloso río,
Ronca cascada ó bramador torrente,—
Pardas nubes descienden á tejerle
Caprichoso y movible cortinaje,
Y abandonan los negros buracanes
Sus lóbregas cavernas
Para arrullar con cántico salvaje
Su sueño, y en señal de regocijo,
Sobre muros de nieves sempiternas,
Desplegan, combatientes del vacío,
Taciturnos guardianes
Del infinito páramo sombrío,
Sus flámulas de fuego los volcanes!

Raudales de la historia son las razas,
Raudales que en la cuna
Vela el misterio y con afán prolijo
La fábula, Nereida soñadora
Que el verde junco con la yedra aduna,
Como la dulce madre que despliega
Sobre la tersa frente de su hijo,
Teñida por los rayos de la aurora,
Su manto, de amor ciega,
Envuelve con fantásticos cendales!
Mientras se llena el mundo
De rumor de catástrofes.—En tanto,
Con las alas abiertas,
Cruza la tierra el ángel del espanto
Y agita sus antorchas funerales
El incendio iracundo
Sobre la tumba de las razas muertas!

Allá en el fondo oscuro
Del valle que á los pies del Apenino
Se extiende como alfombra de esmeralda,
Palenque misterioso del destino!
Do el Tíber serpentea
Del monte Albano en la risueña falda,—
Vago rumor se siente....
El rumor de una raza despertada
Con el sello de Dios sobre la frente!
Y en el confín lejano
Del mar que muere en la desierta playa
Del Asia envejecida,
Con eterno lamento,
Hondo clamor hasta los cielos sube,
Que en son medroso, el viento
Espance por la tierra estremecida.

La raza que despierta
Como enjambre irritado, en las sombrías
Hondonadas del Lacio,
Es la raza latina, destinada

A inaugurar la historia
Y á abarcar el espacio
Llevando por esclava la victoria!
Y el clamor que resuena
De la alta noche en la quietud sagrada,
Es el grito de Ilión, que se desploma
Como gigante estatua derribada,
Astro que se hunde en tenebroso ocaso
Cuando surge en Oriente el sol de Roma

II

Raudal que al descender á la llanura
Se torna en ancho río,—
Aquella tribu oscura
En turbulento pueblo convertida
Sintió dentro del seno
La quietud de la ola comprimida,
El rumor interior, la voz de trueno
Que emplaza á las naciones
A las gigantes luchas de la vida!
Y se lanzó impaciente
En pos de sus destinos inmortales,
Dando al viento los bélicos pendones,
Sinistros mensajeros del estrago,
Y encendiendo en el negro promontorio,
Para servir de faro á sus legiones,
La colosal hoguera de Cartago!
Nada detuvo el vuelo soberano
Del águila latina—

La tierra despertó como de un sueño
Al sentirla pasar. El Océano,
Generoso corcel que el cuello inclina
Cuándo siente á su dueño,
Rugió de gozo y le rindió homenaje—
Todo lo holló con planta vencedora:
La montaña y el pájaro salvaje,
Las misteriosas selvas seculares
En que al compás de místicas endechas
Añaba el germano taciturno
Con siniestra ansiedad el haz de flechas;
Y las negras pirámides distantes,
Que á la luz del crepúsculo parecen
Abandonadas tiendas de campaña
De una raza extinguida de gigantes

Grecia le abrió los brazos, olvidada
De su antiguo esplendor.—La Iberia activa
Como severa reina destronada,
Dobló la frente ensangrentada al yugo,
Mas no su corazón—eterna hoguera
En que la llama de Sagunto ardía
Con rojizo fulgor.—La Galia fiera
Lanzó á los aires resonante grito
Y el escudo de bronce hirió tres veces
Sobre el dólmen maldito!
Pero cayó expirante en la contienda
Para dormir el sueño del esclavo
De César en la tienda!
Y el Sármatá cruel, el Bretón bravo
El escita ligero,
El sombrío, feroz escandinavo,
Que en las brumas polares
De otro mundo olfateaba el derrotero,
Fueron á prosternarse en sus altares!

Largo su imperio fué! Largo y fecundo,
El hacha del Lictor estuvo siglos
Alzada sobre el mundo!
Cantó su origen inmortal, Virgilio,

Sus desastres, Lucano,
Mientras brillaba en el lejano Oriente
La luz primera del ideal Cristiano!
Y en brazos de los Césares dormía,
Al rumor de los sáficos de Horacio,
Enervada y tranquila,
Cuando sintió tronar en el espacio
El rudo casco del corcel de Atila!

Despertó, pero tarde! En vez del rayo
Que en sus manos un día
Viera la tierra atónita, llevaba
El áureo tirso, y en la mustia frente
La corona de yedra de la orgía!
Corrió al foro, llamando á sus legiones
Dispersas y distantes,
Y sólo contestaron los histriones
Mezclados al tropel de las Bacantes!
Volvió al cielo los ojos y en el fondo
Del cielo, en sangre tinto,
Creyó ver que cruzaban en silencio,
Como un augurio acago,
La sombra lastimera de Corinto
Y el fantasma lloroso de Cartago!

Era tarde en verdad! El sol de Roma,
Luz de la historia y esplendor del orbe,
Del Aventino tras la oscura loma
Y de la plebe trémula á los ojos
Para siempre se hundió.—Rojo cometa
Del horizonte en la desierta cumbre
Apareció tras él, vibrando enojos—
Nubes del Septentrión, vientos del polo,
Sobre la tierra inquieta
Esparcieron sus ráfagas de horrores.—
Sólo quedó de pie, soberbio atleta
Vencido, no tumbado,—destacando
En las sombras del dorso giganteo,
Como el genio de Roma en lucha eterna,
Centinela de piedra, el Coliseo!

III

No perecen las razas porque caigan,
Sin honor ó sin gloria,
Los pueblos que su espíritu alentaron
En hora venturosa ó maldicida.—
Las razas son los ríos de la historia,
Y eternamente fluye
El raudal misterioso de su vida!
El río que en otrora
Turbulento y audaz cruzó la tierra,
Ya por blandas y vírgenes llanuras
Ó por yermos de arena abrasadora
Al soplo animador de la fortuna,
De su cauce alejado
Fué á morir como lóbrega laguna
Inmóvil y callado!
Pero el raudal iugente
De la ánfora sagrada la corriente
Inagotable y pura, despeñada
Por ignoto sendero,
Con rumor de torrente surgió un día
En la tierra encantada
Del indómito Ibero.
Donde todo es amor, luz, armonía,
Y el sol más bello, el aire más liviano,
Y siempre altivo, desbordante y joven,
Palpita y siente el corazón humano!

Así como al salir de su desmayo
La tierra entristecida
Del sol primaveral al primer rayo,
Parece que sintiera
En el aire, en el monte, en la pradera,
En ondas tibias circular la vida;
España despertó con fuerza nueva.
Y unidas en eterno maridaje
La pasada romana fortaleza
Y la savia salvaje
Del hijo del Pirene, diestro en lides,
Engendraron la raza destinada
A suceder á la cesárea estirpe,
La raza soberana de los Cides!

Llenó el mundo su nombre.—Las naciones,
Del monte Calpe hasta el peñón marino
En que vela el britauo,
Creyeron que se alzaba en lontananza
La sombra augusta del poder latino,
Que de nuevo volvía,
A ser el dueño del destino humano!
Y España, como Roma, poseída
De vago afán, de misterioso anhelo,
Soñaba con batallas, cuando un día,
Al tender la mirada por el cielo
Desde las altas cumbres de Granada,
Vió surgir en lejanos horizontes
La Visión de la América encantada!

Dos mundos sujetó bajo su imperio!
Y dejó de su espíritu los rastros
En fecundas, espléndidas creaciones!
Como Ayax inmortal, retó á la tierra,
Y ansioso de combates
Fué á renovar en Africa prodigios
Y hazañas de Escipiones,
Pero también se derrumbó impotente,
No del petro del Vándalo á las plantas
Ni del cruzé vencedor al ceño airado,
Sino cuando cayó sobre su espíritu
La sombra enervadora del Papado!

IV

Mientras España duerme acurrucada
Al pie de los altares,
Calentando su espíritu aterido
En la hoguera infernal de Tórquemada,
Francia recoge el cetro abandonado
De la historia y prepara
Otra hoguera, á que arroja
Con ánimo esforzado
Fragmentos de Bastillas,
Instituciones viejas, privilegios,
Y de un vetusto trono las astillas—
Hoguera á cuya lumbre soberana
Va á forjar, como en fragua ciclopea,
Su eterno cetro la razón humana!

Quando llega la hora
De las grandes, fecundas convulsiones,
La hora en que al compás de las borrascas
Se tumban ó levantan las naciones,—
Dios envía á la tierra los gigantes
Del genio ó de la espada,
Cual si necesitase de almas fuertes
Y músculos pujantes,
Para no perecer en la jornada.
Así la Francia tuvo

En las horas más grandes de la historia
El genio de Voltaire para anunciarle
El tremendo, supremo cataclismo,
Y el brazo poderoso
De Napoleón, el genio de la gloria,
Para alzarla expirante del abismo!

La fuerza es en el mundo
Astro de inmensa curva, que á su paso
Deja como reguero de laureles,
Fulgor de incendios, resplandor de soles;
Pero astro que se pone en el ocaso
Tras nubes de rojizos arreboles.
Brillante fué el imperio de la fuerza!
Brillante pero efímero; la espada
Que sobre el mapa de la Europa absorta
Trazó fronteras, suprimió desiertos
Y que quizá de recibir cansada
El homenaje de los reyes vivos,
Fué á demandar en el confín remoto
El homenaje de los reyes muertos,—
La espada de Austerlitz, la vieja espada
En los escombros de Moscou mellada,
Ya no describe círculos gigantes
Esparciendo el pavor de la derrota:
Cayó en los campos de Sedán, sombrío,
Esausgruentada y rota!

Anteos de la historia
Los pueblos que el espíritu y la sangre
Llevan de aquella tribu aventurera
Que encadenó á su carro la victoria,
Ya los postre ó abata,
La corrupción ó la traición artera,
No mueren aunque caigan.—Así Roma
En su tumba de mármol se endereza
Y renace en Italia, como planta
Que el pozo de los siglos fecundiza.
Así España sacude la cabeza
Tras largas horas de sopor profundo,
Y arroja los fragmentos
De su pasada lápida mortuoria,
Para anunciar al mundo
Que no ha roto su pacto con la gloria!
Y Francia, la ancha herida
Del pecho no cerrada,
En la sombra se agita cual si oyera
Rumores de alborada!

VI

Soberbio mar, engendrador de mundos!
Inquieto mar Atlántico!
Que ora manso, ora horrible, en grito eterno,
Ya imitando el fragor de roncadas lides,
Ya gritos de angustiadas multitudes
O gemidos de sombras lastimeras,
Te vuelcas y sacudes
En la estrecha prisión de tus riberas!
Soberbio mar! de cuyo fondo un día
La colosal cabeza levantaron,
Coronadas de líquen y españadas,
Al ronco son de tempestad bravía
Náufragos del abismo las montañas—
Mientras del cielo en la extensión desierta
Que eternas sombras pór doquier velaban,
Lanzaba el primer sol su rayo de oro,
Inmensa flor de luz, recién abierta,

Sobre la cual en armonioso coro
Enjambres de planetas revolaban!

Tú eres el mismo mar que alzaste un día
Bajo arcadas fantásticas de brumas,
Al vaivén de las olas adormido
Y envuelto dulcemente
En pañales de espumas,
Jirones de la túnica de armíño
De tus playas bravías,
¡Huérfano de la historia! un mundo niño.
Con cuánto amor velabas
Su cuna, y qué sombrías
Nieblas sobre tu frente desplegabas
Para que el aire errante, el viento inquieto,
Y el astro vagabundo
No fuesen á contarle tu secreto
A la codicia insana de otro mundo!

Con qué ansiedad te alzabas,
El labio mudo, palpitante el seno.
A interrogar el horizonte oscuro
De vagas sombras y rumores lleno,
Cuando el alba indecisa aparecía
Mensajera de Dios en el Oriente,
Trayéndote perfumes de los cielos
Para mojar tu frente!
Y qué grito salvaje,
Mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,
Retorciendo los brazos,
Cuando una vela errante aparecía.
Y en la tarde traía
Bramando el oleaje,
De algún bajel deshecho los pedazos!

VII

Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos
Guardaron el secreto!
Lo presintió Platón cuando sentado
En las rocas de Egina contemplaba
Las sombras que en silencio descendían
A posarse en las cumbres del Himeto;
Y el misterioso diálogo entablaba
Con las olas inquietas
Que á sus pies se arrastraban y gemían!
Adivinó su nombre, hija postrera
Del tiempo, destinada
A celebrar las bodas del futuro
En sus campos de eterna primavera.
Y la llamó la Atlántida soñada!

Pero Dios reservaba
La empresa ruda al genio renaciente
De la raza latina, domadora
De pueblos, combatiente
De las grandes batallas de la historia!
Y cuando fué la hora,
Colón apareció sobre la nave
Del destino del mundo portadora—
Y la nave avanzó. Y el Océano,
Huraño y turbulento,
Lanzó al encuentro del bajel latino
Los negros aguilonos,
Y á su frente rugiendo el torbellino,
Jinete en el relámpago sangriento!
Pero la nave fué, y el hondo arcano
Cayó roto en pedazos,
Y despertó la Atlántida soñada
De un pobre visionario entre los brazos!

Era lo que buscaba
El genio inquieto de la vieja raza,
Debelador de troncos y coronas,
Era lo que soñaba!
Ambito y luz en apartadas zonas!
Hélo armado otra vez, no ya arrastrando
El sangriento sudario del pasado
Ni de negros recuerdos bajo el peso,
Sino en pos de grandiosas ilusiones,
La libertad, la gloria y el progreso!

Nada le falta ya! Lleva en el seno
El insondable afán del infinito,
Y el infinito por doquier lo llama
De las montañas con el hondo grito
Y de los mares con la voz del trueno!
Tiene el altar que Roma
Quiso en vano construir con los escombros
Del templo egipcio y la pagoda indiana,
Altar en que profese eternamente
Un culto sólo la conciencia humana!
Y el Andes, con sus gradas ciclopeas,
Con sus rojas antorchas de volcánes,
Será el altar de fulgurantes velos
En que el himno inmortal de las ideas
La tierra entera elevará á los cielos!

VIII

Campo inmenso á su afán! Allá dormidas
Bajo el arco triunfal de mil colores
Del trópico esplendente.
Las Antillas levantan la cabeza
De la naciente luz á los albores,
Como bandadas de aves fugitivas
Que arrullaron el mar con sus extrañas
Cauciones plañideras,
Y que secan al sol las blancas aías
Para emprender el vuelo á otras riberas!

Allá México está! Sobre dos mares
Alzada cual granítica atalaya,
Parece que aun espía
La castellana flota que se acerca
Del golfo azteca á la arenosa playa!
Y más allá Colombia, adormecida
Del Tequendama al retemblar profundo,
Colombia la opulenta,
Que parece llevar en las entrañas
La inagotable juventud del mundo!

Salve, zona feliz! Región querida
Del alma sol que tus encantos ceta,
Inmenso hogar de animación y vida,
Cuna del gran Bolívar. Venezuela!
Todo en tu suelo es grande,
Los astros que te alumbran desde arriba
Con eterno, sangriento centelleo,
El genio, el heroísmo,
Volcán que hizo erupción con ronco estruendo
En la cumbre inmortal de San Mateo!

Tendida al pie del Ande,
Viuda infeliz sobre entreabierta huesa
Yace la Roma de los Incas, rota
La vieja espada en la contienda grande,
La frente hundida en la tiniebla oscura;
Mas no ha muerto el Perú! Que la derrota
Germen es en los pueblos varoniles
De redención futura—

Y entouces, cuando llegue,
Para su suelo la estación propicia
Del trabajo que cura y regenera
Y brille al fin el sol de la justicia,
Tras largos días de vergüenza y lloro,
El rojo manto que á su espalda flota
Las mieses bordarán con flores de oro!

Bolivia! La heredera del gigante
Nacido al pie del Avila,
Su genio inquieto y su valor constante
Tiene para las luchas de la vida;
Sueña en batallas hoy, pero no importa;
Sueña también en anchos horizontes
En que en vez de cureñas y cañones
Sienta rodar la audaz locomotora
Cortando valles y escalando montes!
Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra,
Pero más fuerte en el trabajo, vuelve
A colgar en el techo
Las vengadoras armas, convencido
De que es estéril siempre la victoria
De la fuerza brutal sobre el derecho!
El Uruguay que combatiendo entrega
Su seno á las caricias del progreso,
El Brasil que recibe
Del mar Atlante el estruendoso beso
Y á quien sólo le falta
El ser más libre, para ser más grande!
Y la región bendita,
Sublime desposada de la gloria!
Que baña el Plata y que limita el Ande!

De pie para cantarla! Que es la patria,
La patria bendecida,
Siempre en pos de sublimes ideales,
El pueblo joven que arrulló en la cuna
El rumor de los himnos inmortales!
Y que hoy llama el festín de su opulencia
A cuantos rinden culto
A la sagrada libertad hermana
Del arte, del progreso y de la ciencia—
La patria! Que ensancho sus horizontes
Rompiendo las barreras
Que en otrora su espíritu aterraron,
Y á cuyo paso en los nevados montes
Del Génesis los ecos despertaron!
La patria! Que olvidada
De la civil querrela arrojó, lejos
El fratricida acero
Y que lleva orgullosa
La corona de espinas en la frente,
Menos pesada que el laurel guerrero!
La patria! En ella cabe
Cuanto de grande el pensamiento alcanza,
En ella el sol de redención se enciende,
Ella al encuentro del futuro avanza,
Y su mano, del Plata desbordante,
La inmensa copa á las naciones tiende!

IX

Ambito inmenso, abierto
De la raza latina al hondo anheo!
El mar, el mar gigante, la montaña
En eterno coloquio con el cielo.....
Y más allá el desierto!
Acá ríos que corren desbordados,
Allí valles que ondean

Como ríos eternos de verdura,
Los bosques á los bosques enlazados,
Do quier la libertad, do quier la vida
Palpitando en el aire, en la pradera
Y en explosión magnífica encendida!

Atlántida encantada
Que Platón presintió! Promesa de oro
Del porvenir humano—reservado
A la raza fecunda,
Cuyo seno engendró para la historia,
Los Césares del genio y de la espada—
Aquí va á realizar lo que no pudo
Del mundo antiguo en los escombros yertos—
La más bella visión de sus visiones!
Al himno colosal de sus desiertos
La eterna comunión de las naciones!

OLEGARIO V. ANDRADE.

Artistas

ARTISTAS que amáis de corazón el arte, cerrad ante vosotros las puertas de lo pasado, pensad y vivid en medio de los pueblos que rujen á vuestro alrededor como las olas del Océano.

La humanidad sufre y está en perpetua lucha; en lugar de inmortalizar á los héroes que sucumbieron en la guerra, inmortalizad con vuestros pinceles á los mártires de nuestras sangrientas revoluciones. Pintad medio tendida en el sepulcro á esa misma humanidad; pintadla cubierta aún con los viejos harapos de la aristocracia y de la monarquía; pintadla cayendo de nuevo en su ensangrentado ataúd á impulso de las lanzas de la barbarie; pintadla agonizando, lleno de podre el corazón, de úlceras el cuerpo, de tinieblas el alma; pintadla muerta ya, hasta que, animada otra vez por el espíritu del que volvió la vida á Lázaro, rompa sus ataduras y renazca al mundo, rejuvenecida por el amor y por la ciencia. Sed constantemente los cantores de vuestro siglo; sed, si es que sois artistas, sus profetas. Contad uno á uno los suspiros de esta sociedad y reproducid los tormentos que los arrancan de su pecho lacerado; removed el fondo de las miserias de los pueblos y hacedlo aparecer á la superficie, para que se extremezcan sus autores ante su propia obra; recoged los votos y las aspiraciones de los que sufren, y apenas entreveáis el alba de la regeneración, alegráos y derramad su rocío sobre tantos corazones

abrasados por la desesperación y el sufrimiento. Dejáos impresionar por ese valle de lágrimas que llamamos mundo; cuando no quepa el dolor en vuestra alma, simbolizadlo en los seres que os rodean, vertedle á raudales sobre vuestros cuadros y seréis artistas. Habréis comprendido el mundo y el mundo os comprenderá; crecerá de día en día vuestra inspiración y la posteridad no mirará con desprecio vuestras obras, porque verá en ellas vuestros sentimientos, los sentimientos de vuestra época. Si sólo pintais lo presente, reconocerá eternamente en vosotros á los artistas del siglo XIX; si llegáis, además, á encerrar lo futuro en el círculo de vuestras producciones, seréis tenidos eternamente como artistas y como precursores. Está abierto ante vosotros un mundo de que podréis hacer brotar torrentes de poesía; acercáos á él llenos de fe en el porvenir y lo haréis brotar de entre rocas abrasadas por un sol de veinte siglos.

Los grandes artistas que os precedieron no se apartaron nunca de ese camino. Vamos á evocar sus nombres, á presentarlos frente á frente con la naturaleza, á pintarlos envueltos en el torbellino de su siglo, á descubrirlos con la cabeza en el pecho, recogiendo sus impresiones y dejándose arrebatar de sus sentimientos, á turbarlos en el silencio de sus talleres, á sorprenderlos en los momentos de entusiasmo en que trasladan al lienzo la vida de su alma; siempre los vereis inspirados por su siglo, trabajando para su siglo. Corramos á levantar la losa de su sepulcro; porque ellos son verdaderos artistas.

F. PI Y MARGALL.

María y Venus

I

MORENA soy pero en mi casto seno
jamás se abrigará mundano amor:
yo soy la esposa del Eterno Padre
y soy la madre del Divino Dios.
Yo soy toda virtud, toda pureza,
todos me quieren como quiero yo;
los insectos, los astros y las flores,
los pájaros, el hombre y el león;
todo ser, lo que existe en la natura

mé rinde casto y apacible amor;
yo sobre todos reino y sin embargo,
de ser Diosa y mujer, humilde soy,
y un himno universal me cantan siempre:
¡ bendita seas, madre del Señor!

II

Rubia salí del seno de las aguas,
llevo la llama del inmenso amor,
yo soy la esposa del eterno fuego
y soy la madre del divino Dios.
Yo soy toda volcán, toda deseo,
todos me adoran como adoro yo:
los insectos, los astros y las flores,
los pájaros, el hombre y el león;
todo rinde tributo á mi hermosa,ura,
todos acatan lo que mando yo;
yo sobre todos reino, el mundo es mío;
soy Diosa y soy mujer.... ¡Soberbia soy!
Y un himno delicioso escucho siempre:
¡ bendita seas, madre del Amor!

VALENTÍN DURON

Neurosis

¡ARR que es el espíritu un abismo
Y el corazón un mar;
Así es que dentro llevo, de mí mismo,
A la vez una y otra inmensidad.

Mis nervios, arpa viva, en el ramaje
Cuelgan del árbol de mi cuerpo y dan
Un gemido al pasar por su cordaje
La tempestad.

FRANCISCO GAVIDIA

Quasi fœa

¡A los séráficos amores
encadenados, niña, tienes,
con las nevadas, frescas flores,
que te ceñimos á las sienas.

Lo bello en tí no son tus ojos,
sino tu limpia, azul mirada;
no son tus gruesos labios rojos
sino tu frase perfumada.

Tiembla tu seno, blanda curva,
cual nivea ala de paloma;
que no es la rosa lo que turba
sino el encanto del aroma.

RUFINO BLANCO FOMBONA

libertador

¡SER ó no ser, jamás fué para él, como
para el trágico, problema pavoroso: no le
intimida la muerte ni la desea: la vida ni le
seduce ni le pesa, y en la alta serenidad
de su mente las mira con igual indiferencia.
El oro no tiene para él tentaciones,
nunca lo preocupó. La gloria no le atrae,
ni le deslumbra; él es superior á ella.

Ama la libertad: toda la libertad, la
suya y la agena; no concibe unos derechos
y unos deberes, sino la plenitud del derecho
y la plenitud del deber.

En donde él comparece y los encuentra
cercenados, protesta, evangeliza, inflama
la multitud con el verbo de su apostolado,
la arrastra, arma á los desposeídos, y al
reflejar de su espada fulgurante, más temible
después de cada revés, lleva sus legiones
por entre lagos de sangre, por sobre ruinas
y hecatombes, á la victoria sin nombre
del derecho sobre la fuerza.

Como el dios de las leyendas orientales,
crea de la nada, hace la luz, fulmina,
habla de entre la zarza ardiente, cruza en
un carro de fuego deslumbrador por entre
las gentes asombradas.

Cuando asienta el pie en las nubes de
la cumbre, impone á los pueblos redimidos
la libertad, la libertad intolerante, sin
compromisos ni remiendos, la que arrasa
el templo y levanta la escuela; la que silencia
los embaucadores; la sublime atea que le
reconoce y le respeta á la vida todo lo que
es de ella; lo que es del cerebro, la razón;
lo que es del corazón, el amor; lo que es del
vientre, el hambre. La que tala la maraña
primitiva, riega el suelo con la sangre de
los rezagados rebeldes, y desde el zenit,
sol sin ocaso, calienta al amor de sus rayos
los venideros gérmenes, y hace brotar de
la calcinada tierra las razas nuevas.

CÉSAR ZUMETA

La copa de Rhodís

¡A se hizo tu espíritu medroso?
La copa tiembla en tu pequeña mano.
¡Ya las ondas del sámos oloroso
no seducen tu espíritu pagano?

¿Y el vino aquél, de espumas luminosas,
de Rodas, ó de Chipre, el que infundía
en los pechos medrosos valentía
y guardaba con yerbas misteriosas
en sus cubas el dios de la alegría?

Pues éste como aquél, vino escogido,
de una parra muy noble fué extraído.
Como al héroe, de insólitas azañas,
que aun poseyendo el merecido lustre
que le dieron sus épicas campañas,
le enorgullece su abuelengo ilustre,
á esa parra también; gloriosa tiene
la savia de sus pámpanos frondosos:
su stirpe nobilísima proviene
de unos viejos viñedos muy famosos.

¿Cuál bulle el vino! ¿Tu mirada observa
cómo sus ondas en el borde quiebra?
Es del vino oloroso que ponía,
venciendo el ceño desusado y fiero,
la sonrisa en los labios del guerrero;
del licor enervante, aquél que hacía
que olvidando su noble bizarría
sostener no pudiera el caballero
con firme mano su desnudo acero

La viña es una madre cariñosa
que nuestros pechos del dolor redime;
pues apura esa sangre generosa,
ese suave falerno que rebosa
la copa etrusca que tu mano oprime.

Más que la espuma que en dorada tropa
se amontona en los bordes circulares,
valen las curvas de tu vieja copa;
valen más esas formas regulares
y la trémula luz que las decora,
que el licor embriagante que a

Son formas criadas por artistas sabios
las bellas formas de esa copa antigua.
Parece que al llevarla hacia tus labios
un trono le alza en tu mano exigua.

¿De algún rico patricio en los jardines
fué pompa alguna vez de sus festines?
¿Fué acaso propiedad de un aristano?
¿Ignoras tú si en apartado rincón
de alguna meretriz brilló en el momento
ó en los dedos tembló de un cortesano
cuando tímidas frases balbucía
brindando á la salud del soberano?

Aristócrata, nunca un vino ó a
alojó, ni de Italia, ni de Hungría,
que no fuera de extensa nombradía:
que al sentir en su fondo un vino
ella sola su fondo rompetí!

Bajo el borde, de suaves curvaturas,
hay escritos floridos madrigales,
rodeados de extrañas esculturas
que labraron artistas orientales.

El alma de esos versos armoniosos,
escritos en menudos caracteres
tiene el germen de amores impetuosos
y el calor de los senos voluptuosos
de la Venus desnuda de Citeres.

¿Quién puso tanta luz? ¿Acaso fueron
blancas hadas, ó genios bondadosos,
que al labrar esos versos imprimieron
el brillo de sus dedos milagrosos?

El autor de tan dulces madrigales,
que versos tan hermosos te compuso,
con reflejos de auroras otoñales,
algo de tu alma en sus estrofas puso.

¿Quién es el animoso que podría
dibujar esos versos diminutos,
que encierran un océano de poesía,
y que son, por su fresca lozanía,
de un fuerte ingenio deliciosos frutos?

No rara aquí el buril. Como la abeja
que fabrica panales opulentos
y que olvidando lo que en ellos deja
á formar otros sin pesar se aleja,
van siempre, tras floridos pensamientos,
mayores maravillas y portentos.

Con el fuego de anhelos comprimidos
hay cuadros de un encanto soberano,
bellos cuadros que turban los sentidos
finamente pensados y esculpidos
por la licencia del buril pagano.

De una fresca montaña en la pendiente
salen gamos nerviosos y velludos;
y en la orilla arenosa de un torrente
anda una joven, con los pies desnudos.

Es la vida que fuge un mundo muerto:
hay cisternas de bordes lapidarios,
bellos bosques de cedros centenarios;
y en el final de un horizonte incierto,
van moviendo la arena del desierto
ca vanas de viejos dromedarios.

La viña es una madre cariñosa
que nuestros pechos del dolor redime;
pues apura esa sangre generosa,
ese suave falerno que rebosa
la copa etrusca que tu mano oprime.

LUIS ANDRÉS ZUNIGA

La melancolía de Simón Bolívar

El 31 de diciembre, á las doce de la
noche, cuando la campana canta con su
lengua de bronce la epifanía del año nue-
vo, en la plaza Bolívar todos se abrazan,
y los ojos de la estatua se iluminan con
una maravillosa ilusión; cuando la cam-
pana, como una gran flor sonora deja caer
sus doce pétalos sobre la multitud, el Li-
bertador ve á sus pies el pueblo que soñó:
unido al fin en un abrazo generoso y fuerte,
y siente entonces renacer la esperanza
que perdió en los tristes días de San Pe-
dro Alejandrino, cuando sus manos de
agonizante reposaban en el lecho con in-

finita pesadumbre, cuando los sollozos del mar eran un eco de su propio corazón.

El resto del año, Simón Bolívar, en su corcel olímpico, sufre una incomparable melancolía. El ha oído las palabras de los falsos patriotas, de los falsos héroes, de los falsos apóstoles, y su espada no pudo herirlos en el pecho; él conoce al espía, al traidor, al que compra a la hija del pobre y bebe en copa de oro las lágrimas que el miserable vierte en su desolación, y no pudo golpear sus frentes con los cascos de su caballo; él ha visto marchitarse las coronas que pusieron en el granito del pedestal y dispersarse los más bellos entusiasmos; él escucha el grito que implora misericordia y no puede llevar el pan y el agua a los que tienen hambre y sed de justicia. Pero el bronce siente la santa cólera y la suprema piedad ¡oh tranquilos parroquianos de la Plaza Bolívar, que por una moneda de níquel compráis el derecho de vivir sentados bajo el parpadeo de las lámparas eléctricas, bajo los cielos color de violeta y los árboles que deshojan sus flores de sangre!

Las noches de retreta, el alma lírica de Simón Bolívar se llena con la divina embriaguez de la música, y recuerda las tardes doradas de Lima, y el rumor de los bosques, y los crepúsculos de las pampas, y la nieve de las cordilleras, y las verdes palmas de la victoria, y los besos de Manuelita Sanz, y sus juegos infantiles, y su casa paterna, ahora destruida por los mercaderes. Gusta que los niños jueguen a su alrededor y se divierte con las bombas de papel, las guirnaldas de fanales y los lirios de fuego que se abren en el terciopelo del espacio. Un tiempo fué menos desdichado porque las golondrinas hicieron un nido en su tricorno.....

En el silencio profundo de la media noche, cuando la ciudad duerme y sólo algún perro cruza fugitivo por la Plaza ó algún mendigo reposa en un escaño del pedestal, un sueño loco se apodera de su espíritu: sueña que su caballo se convierte en Pegaso, que su capa bate el éter como un ala, y que en vuelo vertiginoso va a arrancarse de la tierra y a perderse más allá de las estrellas, dejando un reguero de chispas en el camino de los astros.

PEDRO EMILIO COLL

La gitaniella

A Carolus Durán

MARAVILLOSAMENTE danzaba. Los diamantes (manteca) negros de sus pupilas vertían su destello; era bello su rostro, era un rostro tan bello como el de las gitanas de don Miguel Cervantes.

Ornabase con rojos claveles detonantes la redondez obscura del casco del cabello, y la cabeza firme sobre el bronce del cuello tenía la fatina de las horas errantes.

Las guitarras decían en sus cuerdas sonoras las vagas aventuras y las errantes horas, volaban los fandangos, daba el clavel fragancia;

La gitana embriagada de injuria y cariño, sintió como caía dentro de su corpiño el bello luis de oro del artista de Francia.

RUBÉN DARIO

Fantasías del Crepúsculo

ESFINCE

Yo me postré a los pies de la estatua, milagrosamente blanca en la gloria de la tarde.

—¡Oh divina! ¡Oh armoniosa virgen!—exclamé. Eres única entre las flores de amor de la misera tierra. El hábito de tu boca bermeja embriaga como una copa de falerno; y toda tu carne sagrada tiene un vago perfume de violeta. Tus ojos sueñan cosas muy hondas....

¿Qué he de hacer yo para merecerte? ¿Qué no podré hacer por llenar de lágrimas tu corazón adorado, por acariciar con la mía tu alma pequeña y leve? ¿A qué alta cumbre, coronada de zarzas ardientes, he de subir para que tus labios me sonrían a lo lejos? ¿A qué inmenso horizonte no irá mi deseo con el vuelo de las águilas negras? ¿Qué quieres de mí? Habla, helada criatura, que sólo sabes mirarme con tus ojos profundos. Rompe el silencio misterioso que te envuelve y dí a mi espíritu la palabra suprema. Yo siento en mí la fuerza y la audacia para conducirte a través del mundo y para derribar el obstáculo que nos obstruya el paso. Yo llevo en el cerebro una luz creadora que iluminará nuestro destino. Y en el corazón una honda melodía, intensa y múltiple, con que he de arrullar tu sueño. ¡Háblame! Dime tu secreto. ¿Quién eres? ¿A dónde vas? ¿Cuál es tu nombre?

Ella, fría é inmóvil, deshojaba en silencio una rosa de oro. Y con una sonrisa enigmática sobre los labios inmortales, miraba, con sus ojos divinos, la línea escarlata del ocaso.

FROILÁN TURCIOS

NOTAS

Flores cerebrales.

—El pensamiento es un poder; y el talento una libertad.—VÍCTOR HUGO.

—Los insolentes en la prosperidad, son siempre viles en la desgracia.

—Toda pasión sincera es egoísta, lo mismo la intelectual que otra cualquiera.—PAUL BOURGET.

—Las cualidades vienen de la naturaleza; pero las virtudes son el fruto de nuestra educación.

—Se comprende mil veces mejor lo infinito por el corazón que por la inteligencia.

—Si después de haber vestido al desnudo, le echas en cara tu favor, es lo mismo que si lo desnudaras de nuevo.—FILMÓN.

—La simpatía es la llave de oro que abre todos los c razones.

—En el gran teatro del mundo el apuntador es el amor propio.

—El hombre y la mujer, en el arte como en el amor, efectúan un cambio de sus sentimientos respectivos, y siempre hay una mujer en la obra de un hombre, como hay siempre un hombre en la obra de una mujer.—JULS CLARETIX.

—El rayo es la electricidad en estado salvaje. El sonido es la música en su estado natural.

—La voz de lo que duerme, el verbo de los muertos ilustres, nos empuja al sacrificio por la felicidad del género humano.

—El impercedero recuerdo de una buena acción, esparce sobre toda nuestra vida un perfume de felicidad.—LA CROIX.

Ciento setenta y ocho mil

pesetas por un libro

Tal es la cantidad que acaba de pagar por un libro raro Mr. Pierpont Morgan, el Presidente del trust del acero, durante su reciente viaje á Londres.

Es el mayor precio que se ha pagado por un libro desde que existen bibliófilos entusiastas y ricos.

El ejemplar de que se trata es uno del PSALMORUM COD. X, impreso por Fust Schoeffer, en 1459. De esta obra hicieron los citados impresores dos ediciones, una en 1457, de la cual no existen, que se sepa, más que nueve ejemplares, y otra dos años más tarde, de la cual existen doce ejemplares, uno de los cuales es el que acaba de comprar el opulento yankee.

Los bibliófilos aseguran que de cada una de estas ediciones no se imprimieron más que catorce ó quince ejemplares.

Permanentes.

—Agradeceríamos á los periódicos y revistas con quienes tenemos establecido el canje, la reproducción de nuestros sumarios.

—Esperamos que las publicaciones que reproduzcan nuestros materiales extranjeros, indiquen su procedencia. Esto lo creemos de estricta justicia; ya que nos ocasiona un trabajo especial la esmerada labor de selección.

El drama, Dante de Sardou.

Sir Henry Irving, el gran actor inglés, ha escrito á Victorien Sardou anunciándole que en abril próximo, á más tardar, será estrenado en el Teatro Drusy Lane, el drama histórico *Dante*, escrito expresamente por el autor de *Fedora* para el mencionado artista.

La obra, cuya versión inglesa ha llevado á cabo Mr. Laurence Irving, hermano de sir Henry Irving, consta de cinco actos y nueve cuadros, tomando parte en la acción más de cuarenta personajes.

Según *The Stage Review*, el decorado y *mise en scene* del nuevo drama, habrán de ser una verdadera maravilla, á juzgar por los bocetos de los escenógrafos. El cuadro del Infierno estará constituido con arreglo á las descripciones hechas por el mismo *Dante* en su admirable poema, y reproducirá exactamente las famosas ilustraciones de Gustavo Doré.

También llamará la atención del público, y en particular de los eruditos, el cuadro que ha de representar el palacio de los Papas en Avignon, para reconstituir el cual han copiado los pintores los célebres frescos de Giotto.

La hermosa actriz inglesa Mrs. Ashwell desempeñará papel doble, personificando durante la primera parte del drama á la amada del *Dante*, y á la hija de Beatriz en el resto de la obra.

Los intermedios musicales y bailables han sido compuestos por el maestro francés Mr. Xavier Lesoux.

Anillo legendario.

Créese en las provincias del Sud de Rusia en la existencia de un anillo de hierro que, á manera de legado forzoso, pasa de mano en mano entre los más grandes escritores rusos.

Según esa leyenda, cuando Juan Turgueneff se sintió morir, remitió el célebre anillo á León Tolstoy, como éste, ya cerca de la tumba, habrá de enviarlo á Gorki, el épico narrador de las miserias de la estepa.

Libros que valen miles de duros.

El libro más caro del mundo lo posee la Biblioteca Vaticana: una Biblia en hebreo de extraordinario volumen, que pesa 162 kilogramos. Se necesitan tres hombres para moverla. En 1512 ofrecieron por ella los israelitas, al Papa Julio II, el peso en oro del libro. Al precio actual de aquél, vale la Biblia 1.875.000 pesos.

FALTA PÁGINA 345

voluptuosidad. El la dijo su angustia en palabras de perfumada lujuria, que eran casi caricias sexuales; y también en frases de espíritu, ligeras como alas. La habló de sus altos sueños y del futuro de su gloria, si ella llegaba á ser suya. Qui so embriagarla con el fuerte vino de sus melodías verbales, despertar en ella la fibra de oro del ensueño y la fibra de sangre de la virginidad....

Y fueron aquellas cartas profundas maravillas de ingenio, en que el amor y el deseo decían una canción desconocida, en que las líneas parecían tener un alma; exhalándose del papel un perfume de pecado y de muerte....

.....Si no me amas, te mataré—le decía. Serás mía ó de la tumba. Pero jamás podré soportar que otro hombre te posea. Tengo sed de tu espíritu; y sed y hambre de tu cuerpo. Sufro, amándote, un dolor agudo, una tortura diabólica. Necesito tu sangre y tus besos y tus lágrimas para vivir. ¿Quién soy? ¿Por qué aspiro á tí? No lo sé. Tú naciste en un palacio, entre sedas y púrpuras... Yo vengo del País de la Miseria y soy apenas un peregrino del ensueño. Pero mi amor sobrehumano me hace superior á los hombres... Dame el hálito de tu juventud, dame el divino tesoro de tu cuerpo y seré un dios...

Oliverio veía pasar los largos días oscuros abstraído en una sola visión interior. Insomne y taciturno, presa continuamente de la fiebre, llegó á no darse cuenta de la realidad para vivir una vida intensa en un mundo poblado de quimeras. En los fugaces intervalos de sueño, carnales escenas hacíanle dar gritos de espanto. La lujuria le mordía con su boca frenética.

....Vió errar, una z, por un paisaje deslumbrante, á Salomé, llevando en una amplia fuente de plata, la lívida cabeza del Precursor. El llegó á su lado, al impulso de un brazo invisible; y reconoció en aquella testa difunta, su propia cabeza. Y la Salomé de la fábula no era sino la Salomé de su deseo.

Aquel terrible amor y aquel único anhelo imposible marcaron su rostro con un signo espectral. Y se puso pálido como la muerte. Pálido como la muerte.

En una noche de luna y de silencio llegó á su oído el eco de una música lejana. Como un sonámbulo salió de su cuarto y vagó por las calles desiertas, atraído por el inán de la armonía. Sentíase débil y próximo á lanzar el último hálito. La música resonaba dulcemente en el aire nocturno....

Encontróse de pronto frente á un vasto palacio en cuyos salones el baile ponía su nota de fuego. Oliverio pegó la frente incendiada á los cristales entreabiertos y quedó vibrante de duelo y de asombro. Fué al principio, como un rápido deslumbramiento; después sufrió—durante un siglo—una pena inenarrable....

En un salón poblado de fulgores y de músicas, sobre la viva púrpura de las alfombras, aclamada por jóvenes elegantes, besada y profanada por sus ojos, bailaba Salomé su danza de sueño y de placer....

Casi desnuda, velada por un tul impalpable, mórbida y diáfana, como una gran rosa de fuego, movíase con languidez al compás de un ritmo enervante. El cuerpo felino y pálido, de movimientos lentos y lascivos, era un milagro de belleza y de impudor. Jamás mujer alguna había mostrado ante los ojos de los hombres un tesoro tan maravilloso de morbideces y de aromas. El cuello largo, semejaba el tallo de un lirio; sobre la espalda columbina caía, en lluvia de oro, la profusa cabellera. Sus senos erectos y floridos eran dos pequeños vasos marmóreos ó más bien dos colinas de seda blanca coronadas por una gota de sangre. Su rostro, de gracia sobrenatural, sonreía enigmáticamente; y su boca bermeja parecía una herida luminosa. Un velo diamantino temblaba sobre su sexo.

Exhalábase de aquella terrible criatura un perfume de amor tan poderoso, que Oliverio, estremecido, anonadado, casi muerto, tuvo que cerrar los ojos, cegados por insólitas fulguraciones....

Al abrirlos de nuevo, acometido por un agudo espasmo, sintió que todo daba vueltas á su alrededor y que el mundo se le venía encima... Próximo á caer para siempre, enloquecido por un dolor tremendo, golpeó rudamente los cristales con el puño, hasta teñirlos con su propia sangre....y rodó sobre la acera, como fulminado.

La alta vidriera se abrió rápidamente y varias cabezas de hombres y mujeres se tendieron hacia la calle. Salomé llegó la última, y exclamó con su voz mágica y profunda, viendo al misero, muerto sobre la dura piedra:

—Un mendigo.... nada más.

Y cerrando de un golpe seco la ancha lámina cristalina, continuó sobre las alfombras escarlatas, á la luz de las lámparas eléctricas, bajo las miradas impuras de los hombres, toda desnuda y cálida, su danza inmortal...

Afuera, el miserable yacía tendido de espaldas, con los ojos muertos fijos en la luna, que erraba por los altos cielos como un gran lirio de plata.

FROILÁN TURCIOS

Remember

¡PON, cuando muera, sobre mi féretro aquel ramito de flores pálidas, de albos jazmines y de misosótides que hallé ¿recuerdas? en tu ventana.

Rayo de luna sobre las flores, blanco nenúfar sobre las aguas ¿por qué me envuelves en tu caricia y con tu aroma por qué me embriagas?

Tu imagen cruza por mis ensueños cual esas nubes de ópalo y grana que por la fúlgida región del cielo como los cisnes volando pasan.

En la penumbra de los salones te ví ¿recuerdas? como las hadas, toda de blanco como los lirios como los lirios de la montaña.

¿Quién, al mirarte, no fué tu esclavo? Tu voz es trémula como las arpas, tu paso es rítmico, paso de diosa que á son de lira mueve la planta.

Tu cabellera tiene reflejos de sol poniente, fulgor de llamas; es el cabello de las princesas, de las sibilas y de las magas.

Y son tus ojos, ojos de náyade, ojos que besan con la mirada ¡Ay del que miran, ay del que besan tus ojos verdes como emeraldas!

¡Oh, quién me diera ser tu poeta, ser tu poeta de rimas áureas y por la noche tañer la guzla en los jardines de Scheherezada!

¡Oh, quién me diera besar tus ojos, tus ojos verdes, tu frente cándida, tu cabecita llena de sueños, llena de sueños y de nostalgias!

Pon, cuando muera, sobre mi féretro aquel ramito de flores pálidas, de albos jazmines y de misosótides que hallé ¿recuerdas? en tu ventana.

LEOPOLDO DIAZ

El episodio de Pantea Mondega

... PROFUNDA en verdad debía ser la voluntad de aquel Umbellino que, dominado de implacable amor hacia la hermana ignorante, pero decidido á permanecer sólo en su culpa, pensó matarla para dividir del alma aquella carne que lo había inflamado de deseos tan terriblemente, y para poder, sólo á ésta, contaminar con todas las caricias. El debió sacar de su secreto maravillosos estremecimientos....

“Porque un ignoto sortilegio le había infundido en la sangre el fuego impuro, no reconoció por objeto de su concupiscencia más que el corporal envoltorio, que encerraba el alma invulnerable, y supo, pues, con la fuerza de su pensamiento, separar distintamente uno de la otra, y retener en sí, á un mismo tiempo, los dos amores: el profano y el sagrado. ¡Cuál debía ser el estremecimiento de su horror cuando, en los instantes en que más le devoraba la fiebre, alimentada por los effluvios del cuerpo presente, oía al alma cara de la hermana exhalar palabras suaves, con aquellos mismos labios que en sueños él cubría de lujuriosos besos!

¡En qué vórtices espantosos su vida interior debía arremolinarse sin tregua, multiplicada por la soledad y condensada por la prohibición! Al fin, sintiendo agravarse el yugo de la fatalidad que le hacía necesario el delito, meditó el variar la belleza funesta de Pantea, resolvió reducirla á despojos insensibles por medio de la muerte. ¡Cuánto signo de piedad y de dolor prodigó en silencio al alma querida, que debía volar inocente para dejarlo en los brazos del remordimiento! El, cierto, le decía cosas inefables cuando la acompañaba á la capilla para la plegaria matutina:

¡Oh Pantea! Nada en la tierra es más dulce que tu plegaria— el rocío es menos dulce:—le decía para que ella rogase más férvida y prolongadamente.

Para que se preparase á morir, le decía: ¡Oh Pantea! Qué feliz eres! El lugar de tu alma es el corazón de nuestro Señor Jesucristo.

Pero en silencio le decía cosas inefables que ella no podía entender.

Y en una tarde otoñal, llena de prestigios fatales, resonó la hora de la muerte. Todo era inverosímil y favorable como en un sueño. Entre ambos estaban cerca de la fuente parladora y refrescaban sus manos en la húmeda sombra, taciturnos. Una fiebre de infierno ardía en los pulsos de Umbellino mientras tenía los ojos fijos en la imagen de Pantea, reflejada en el agua, bajo la claridad de las estrellas. Como en un sueño sus manos, con la misma facilidad que hubiesen vencido el tallo de un lirio, casi mágicamente, inclinaron la persona de Pantea hacia la imagen profunda hasta que la una se confundió con la otra, y la fuente contuvo un cándido cadáver....

GABRIEL D'ANNUNZIO

~~~~~  
El rey Lear

Le azota la nieve.....  
y el viento enmaraña su blanco cabello.  
Cuánta nieve del Polo ha venido  
á batir su flacura de viejo!

Un lobo le sigue  
Le sigue olfateante y hambriento:  
roer le parece la triste  
misericordia de un hueso.

Mira al rey... Mira al rey y olfatea  
la senda del suelo.  
¿Qué habrá visto del rey en los ojos  
que se aleja por otro sendero?

Ha visto una chispa,  
un relámpago ha visto de fuego:  
el furor de la vieja mirada  
que abatía las frentes del pueblo!

VÍCTOR ARREGUINE

Fragmento

AUNQUE la razón humana suspenda á veces su vuelo, como para tomar descanso, empero, no descansa; no hace más que reconcentrar laboriosamente su actividad para cobrar nuevas fuerzas, y desplegar sus alas para remontarse á inexploradas y más luminosas regiones. Llegó un día en que el dogma y el misterio no satisficieron al entendimiento, en que éste de la región sobrenatural partió á la región natural. La ciencia, desde entonces empezó á perder su carácter divino; comenzó á tener un sentido humano; la revelación dejó de ser la única clave de las verdades científicas, y vino á reemplazarla, en mucha parte, la disquisición metafísica sobre los primeros principios del Universo, sobre los atributos fundamentales de los seres, sobre la esencia de las cosas. A la misteriosa teología sucedió, por una progresión lógica, una abstracta ideología. ¡Qué paso tan gigantesco en la marcha de las ciencias! Del infinito desconocido se pasó á lo finito para buscar sus primeras causas, y penetrar en la esencia de los fenómenos de la vida y de la naturaleza. El problema científico cambió de términos: la posición del observador fué distinta. Los términos del problema fueron menos elevados, pero más accesibles: la posición del observador menos grandiosa, pero más racional. El hombre, alejándose un poco de lo impenetrable, se hizo más humano, y empezó á comprender mejor su destino.

RAMÓN ROSA

~~~~~  
Ojos tristes

Oh, tu mirada de pasión!...Quién sabe qué misterios oculta! Ardiente y viva un tinte de dolor pone en tu grave cabeza de Minerva pensativa.

¡Oh, tu mirada de pasión! Tu triste mirada de mujer, que ama y espera, y que el otoño de la fe resiste como una última flor de primavera.

¡Oh, tu mirada de pasión contrista! En tus oscuros ojos tiembla y brota como débil cambiante de amatista en una estrella pálida y remota.

¡Oh, tu mirada de pasión!...¿Qué esconde
de resignado y dulce y afligido,
que sólo deja ver el alma donde
una inmensa piedad hace su nido?

El alma que en tus ojos respaldece
y tal ternura sobrehumana toma
cuando me vé, que lo inmortal parece
que á través de una lágrima se asoma.

¿Sabes por qué se asoma si la llamo?
Porque mi duda pertinaz se aduerma;
y me dice: ¡oh incrédulo! te amo;
pero ya ves, estoy triste y enferma.

¿Qué existencias lejanas en mí evocas?
¿Qué sueños nebulosos, entrevistos,
de altares áureos, de nevadas tocas,
virgenes castas y dolientes Cristos?

Recuerdo no sé qué vieja pintura
de cuyo fondo de ideal cristiano,
surge la blanca y mística figura
con el lirio simbólico en la mano.

¿En qué obscura y desierta galería
ví esa mirada de pasión piadosa?
¿En qué semblante pálido lucía,
extática, celeste y dolorosa?

...No sé...Mírame más; á eso viniste.
de mis nublados sueños mensajera.
¡Oh, tu mirada de pasión, tu triste
mirada de mujer, que ama y espera!...

LUIS G. URBINA

Prólogo

DE LAS POESÍAS DE OSCAR II

La noble figura del rey poeta me fué
conocida dos veces, en horas para mí inol-
vidables.

La primera fué en su palacio de Brot-
tingholm donde con gracia exquisita, de
verdadero soberano, daba hospitalidad al
Congreso de la prensa, alojando en su ca-
sa al cuarto poder que domina al mundo
y recordándonos aquellos reyes del siglo
XVIII que trataban con cortesía afectuo-
sa á los filósofos y á los poetas, factores
de la opinión pública. El rey de Suecia
y Noruega acogió á los periodistas con
una amabilidad particular, y en palabra
elocuente y varonil les habló en un len-
guaje que ba directo al corazón. Todos
saludamos con respeto á este monarca,
cuyas campañas fueron siempre contra el
alcoholismo, la tuberculosis, la ignoran-
cia y la miseria.

Vámosle, en la hora de la despedida,
acompañando á sus huéspedes hasta el
barco y agitando su pañuelo cuando par-
timos.

*

La misma noble figura y el mismo sa-
ludo galante y soberano encontré en Os-
car II cuando, algunos años después, vi-
sitó á París el rey de Suecia y se presen-
tó una noche en la Comedia Francesa, en-
tonces refugiada en el Odeón, tras la hor-
rible catástrofe.

Oscar II quiso visitar la casa de Mo-
liére y recordar á los desterrados de un
día la máxima de que él ha hecho su di-
visa y que tan valientemente ha practi-
cado:

Afver djupen, mot oden.

Palabras casi intraducibles, pero que
significan literalmente: *Por encima de los
abismos hacia las alturas.* Y aquella
noche, noche de verano, que me recorda-
ba en París aquella otra hermosa noche
de Brottingholm, la multitud se agolpaba
en el boulevard Saint Germain para ver
pasar al rey de Suecia, quien, de pie en su
coche, el sombrero en la mano, tuvo para
los parisienses el mismo saludo cordial y
seductor que tuviera años antes para sus
huéspedes.

La palabra huésped es deliciosa.

Une fraternalmente en un mismo senti-
do al que ofrece hospitalidad y al que la
recibe. El rey que venía al Odeón para
escuchar á los poetas Moliére y Musset,
era verdaderamente el huésped de París,
huésped de Francia.

Oscar II ama á Francia. Cuando le
hablaba de mi admiración por los Nord-
nokjold y los Nansen, me respondió:

—En el polo estamos en casa.

Con más razón podría decir al encon-
trarse en Pau, en Biarritz ó en París.

—Estoy en casa.

Y cuando el rey poeta conozca la traduc-
ción de sus poesías, elegidas por Magnus
Synnestad é ilustradas por Hågborg—dos
escandinavos parisienses,—le parecerá que
sus versos han encontrado el eco de una
lengua casi maternal.

JULES CLARETTE

Derechos Reservados

Mi corazón

(DEL ITALIANO)

MAÑANA que á mi tumba abandonada
llegues, pálida y triste y enlutada,
á verter, por la pena acongojada,
una doliente lágrima piadosa,
nacida entre las piedras de mi losa,
verás abrirse una sangrienta rosa.

Deja, sobre esa flor del camposanto,
rodar la gota de tu acerbo llanto;
y pues horas por mí, piensa entre tanto
que su cáliz es digno de tu perla:
scrá mi corazón que por beberla
brotará del sepulcro á recogerla.

No extrañe ese prodigio tu hermosura,
que un amor, como el mío, sin ventura,
aun en el seno de la muerte dura;
y, aunque acabó del todo su esperanza,
rompiendo el limo, hacia la luz se lanza
por ver si al fin tu compasión alcanza.

Corta esa flor, si quieres: mis agravios
se tornarán al punto en desagravios;
y si la llevas á tus rojos labios,
aunque tarde en dulcísimos excesos
de amor, mis pobres y olvidados huesos
temblarán al contacto de tus besos.

J. A. DOMINGUEZ

En la inmaterialidad del gran arte

NUESTRO oído, gracias al ejercicio extraordinario del entendimiento por el desarrollo artístico de la música moderna, se ha vuelto cada vez más intelectual. Lo que hace que soportemos acentos mucho más fuertes, mucho más ruido, si es que estamos mucho más ejercitados á cometer en él el significado, que nuestros padres. En realidad, todos nuestros sentidos, por lo mismo que indagan primeramente el significado, por consiguiente, "lo que quiere decir" y no ya "lo que es" se han embotado algo; así vemos que dicho embotamiento traicionase, por ejemplo en el reino absoluto del temperamento de los sonidos; pues si hay oídos que hacen distinciones un poco finas, como por ejemplo entre el *do sostenido* y el *re bemol*, pertenecen á las excepciones. Desde tal punto de vista, nuestro oído se ha vuelto grosero. Además, la faz repelente del mundo, originariamente hostil á los sentidos, ha sido conquistada por la música; su dominio de potencia, principalmente para la expresión de lo sublime, de

lo terrible, de lo misterioso, se ha ensanchado asombrosamente con ello: nuestra música concede ahora la palabra á cosas que antaño no tenían lenguaje. Del mismo modo, algunos pintores han vuelto al ojo más intelectual y han avanzado mucho más allá de lo que antes se llamaba placer de los colores y de las formas. Aquí también, la faz del mundo que pasaba en un principio por repelente, ha sido conquistada por la inteligencia artística. ¿Cuál es la consecuencia de todo ello? Más susceptibles de pensamiento, vuélvense el ojo y el oído, más se aproximan de los límites en que se vuelven inmaterial; el placer se aloja en el cerebro, los mismos órganos sensitivos vuélvense flojos y débiles, lo simbólico toma de más en más el sitio del sér,—y así llegamos por esa vía á la barbarie tan seguramente como por cualquiera otra. Mientras tanto, puede decirse todavía: el mundo es más feo que antes, pero *significa* un mundo más bello de lo que era antes. Pero más se esparce y volatiliza el perfume de ámbar de ese significado, más escasos tornanse los que aun le comprenden; y los demás se detienen por fin en la fealdad, y tratan de gozar directamente de ella, en lo que necesariamente fracasarán siempre.

Existe así en Alemania una doble corriente de desarrollo musical: aquí un grupo de personas de pretensiones cada vez más elevadas, más delicadas, que se preguntan siempre de mes en mes "lo que quiere decir aquello," y allí la inmensa mayoría de cada año más incapaz de comprender el elemento significativo, aun bajo la forma de la fealdad material, y que por esa misma razón aprende á percibir de la música, con placer sin cesar creciente, lo que tiene en sí de feo y repugnante, es decir, de rastreramente material.

FEDERICO NIETZSCHE

En las puertas

(Prólogo de un libro de versos)

Al fulgor eusangrentado
de una hornaza nunca extinta,
junto al yunque en que el ardiente
hierro herido arroja chispas,

levantando y abatiendo
el martillo que fatiga,
sudoroso y azezado,
un Vulcano está á tu vista.

Esta atmósfera de infierno,
roja á fuerza de encendida,
en que el ciclope trabaja
como en una pompa olimpica,
bien pudiera sofocarte
con su fuego y sus cenizas.....
¡Que de tí no entre aquí más
que la luz de tus pupilas!

No penetres en el otro,
no busques idolatrías
en este taller, panoplia
de tantas sagradas iras!
Yo amo la belleza, es cierto,
mas no á la manera antigua:
vástago de esta centuria,
voy por donde ella me guia.

Y ni para honrar los templos
la moderna gracia artística
sobre los pechos de Helena
modeia copas divinas;
ni el nuevo genio ateniense
mira con ansias lascivas
en la cadera de Aspasia
el contorno de una lira.

Ni la estética en su arena
premia, como antes solía,
el más melódico beso
aplicado á una mejilla:
ni en los litigios famosos,
que dirime la justicia,
la desnudez de Frinea
es hoy razón decisiva.

Tu lugar no está en mi fragua,
¡qué te importa la obra mía?
Yo no labro joyas de esas
que á las mujeres cautivan:
forjo armaduras, escudos,
cascos, espadas y picas,
para todos los derechos
que combaten por la vida!

Este Hemo

Se que la humana fibra
á la emoción se libra,
pero que menos vibra
al goce que al dolor.
Y en arte no me ofusco;
y para el himno busco
la estética del brusco
estímulo mayor.

Mas no en aleva audacia
demando á la falacia
la intensa y cruda gracia
como un juglar sutil.

A la verdad ajusto
el calculado gusto
bajo el pincel adusto
y el trágico buril.

Y el daño es tema propio
á mí, que bebo en opio
el sueño, y hago acopio
de lágrimas de hiel.
Estudio y peso y mido;
y al rudo esfuerzo pido
un bálsamo de olvido
y un ramo de laurel.

Fatiga y pena ignotas
soltaron acres gotas,
que son espumas rotas
al pie del bogador.
¡Sondad en mi lirismo,
como en el ponto mismo,
un vasto y fiero abismo
de llanto y de sudor!

¡Oh fe y piedad raras,
que al polvo de las fosas
ponéis alas hermosas
con que poder volar!
¡Oh dulces manos bellas,
que al son de las querellas
venís de las estrellas
á ungir y acariciar!

Ni el santo influjo vuestro
suaviza mi siniestro
destino, donde un estro
enroscá y alza luz.
Y á empuje por caída,
avanzo más la vida,
maltrecha y abatida
como arrastrada cruz.

Mi gloria está en la nube
que por el cielo sube
llevando, no un querube,
sino una tempestad,
y en el fulgor que anima
la yerma y blanca cima,
la cumbre que sublima
tristeza y soledad!

SALVADOR DIAZ MIRON

Los jardines ignorados

"La luna tras los montes ascendía,
cantaba el ruiseñor."

FABIO FIALLO

Todos van, vienen, se reposan, pelean,
rien, lloran, se entregan á las ocupaciones
más prosaicas de la vida corriente, sudan vul-
garidad y de vulgaridad se nutren. Y de to-
dos ellos, ninguno sabe que lleva por dentro
misteriosos jardines ignorados.

No lo saben.

Ya es un mercader, quizás el más ruin de los mercaderes: vende, compra, trafica, sobre todo presta con usura, defrauda, se alimenta de impureza, respira impureza, el rubio del oro le deja en las uñas un reflejo de sangre, y el blanco de la plata le deja en los dedos la más pura sal de muchos ojos. Y sin embargo, dentro de ese mercader, sórdida máquina de ruina, algo muy blanco hay, como un lirio que albea y perfuma dentro de una vasija fea y tosca; sin embargo, detrás de la pieza de oro que hace las veces de corazón en el más ruin de los mercaderes, como detrás de una verja, hay un camino por donde se va hacia algo que á lo lejos albea y perfuma como un jardín todo blanco.

Y él no lo sabe.

Ya es un político, tal vez el más vil de los políticos [infamia, falacia, perfidia, todo lepra] que, por sobre intrigas, en medio de intrigas, llevando el hilo de su propia intriga en las manos, marcha derecha y sosegadamente al único fin de su vida pública: la traición más grande y provechosa. Y sin embargo, detrás del repliegue más rico en lazos traicioneros, detrás de la obscura y siniestra doblez que hace las veces de corazón en el más vil de los políticos, hay un camino por donde se va á un paraje deleitoso en donde el u duerme, bajo arbustos en flor, con la franca transparencia de un ojo claro de niño. Y el sueño del agua parece anegar todas las cosas. Porque sobre todas las cosas hay algo húmedo, tierno, transparente y que brilla... Como el rocío de todo un jardín cuando el alba despunta.

Y él no lo sabe.

Ya es una mujer egoísta y coqueta, la más trivial de las coquetas. Parece probarlo y saborearlo todo. Prueba y saborea con los labios, con las manos, con los ojos, con todas las partes de su cuerpo. Y con el alma, lo mismo: *flirt*. Saborea amores como todo lo demás, muy superficialmente, como si saborease pétalos con el filo de los labios. Y sin embargo, detrás de la entraña que, semejante a una perversa boca cruel, hace las veces de corazón en la más trivial de las coquetas, hay un camino en cuyo fondo se ve subir el resplandor de una rosa que arde. Tal vez no es una, sino muchas rosas... Muchas rosas que arden. Y es tal vez la fiebre de todo un jardín que se consume en un ansia infinita de sol.

Y ella no lo sabe.

Así, todos van, vienen, pelean, trafican, rien, lloran, sudan vulgaridad y de vulgaridad se nutren y prosperan. De todos ellos, ninguno sabe que lleva por dentro maravillosos jardines ignorados.

Pero, sucede que llega el Poeta y dice, con suma sencillez:

cantaba el ruiseñor

y entonces todos lo saben.

Desde ese punto, creen que siempre lo han sabido. En verdad, lo han presentado, si acaso, alguna vez rara: sólo que por sí mismos no podían hallar la palabra fina, capaz de contener el matiz fino, que por sí mismos no podían crear la figura frágil, digna de contener el sentimiento frágil, ni mucho menos conocían el secreto de condensar toda una Primavera en un gajo de flores.

Pero, cuando el Poeta llega y dice, con suma sencillez:

cantaba el ruiseñor

entonces, todos poseen el secreto. Entonces, en cada uno de ellos hay una primavera latente que, desentumecida en un lampo, rompe en música y surge en un gran soplo. Entonces, cada uno de ellos ve dentro de sí su propio jardín. O sus jardines, porque hay hombres afortunados que llevan muchos jardines por dentro. Las flores del jardín pueden ser todas blancas, ó todas purpúreas. A veces, como en el cuento de Altenberg, hay dos jardines gemelos, uno junto á otro, y mientras en uno de ellos no hay sino claveles blancos, como fragante nieve en flor, en el otro no hay sino claveles rojos como rubíes fragantes. Las flores, también pueden ser todas azules. También de vario color. A veces el jardín tiene sed; otras, abunda en agua. Y el agua ó más bien el alma diáfana del agua, se desliza bajo la tierra del jardín, prometiéndole una flor á cada germen, ó salta á la superficie y corre cantando como una indiscreta, cuando no se deja vencer de la tibieza del aire y se queda dormida en la hondura del pozo. En el jardín hay altos árboles: pueden ser palmas ó tilos, según el trópico abrase ó el norte hiele. Pero cualesquiera sean los árboles, palmas ó tilos, en cada jardín hay siempre, escondido entre las hojas, un ruiseñor que espera la hora inminente del canto. Y siempre, sobre cada jardín, cae un rayo de luz, blandamente, suavemente, como un

beso plácido sobre las cosas, ó turbador, embrujador, penetrando las cosas como una sutil fiebre divina.

Todo, porque el Poeta llega y dice, con suma sencillez:

cantaba el ruiseñor.

MANUEL DIAZ RODRÍGUEZ

Caracas, 1902

Bestia atávica

No te asomes al lóbrego recinto
Donde se halla mi espíritu encerrado,
Al peso de la carne subyugado
Por la exclusiva fuerza del instinto.

Sobre el cadáver de tu amor extinto
Germinará otro amor,—como ha brotado
De la carne de un cuerpo sepultado
La savia nueva de otro sér distinto.

Si pudieras bajar hasta el abismo
Donde extiende su garra el atavismo,
En mis oscuras células despierto,

Tu espíritu inocente sufriría
La misma repulsión que le daría
La podredumbre lívida de un muerto.

90

AUGUSTO C. COELLO

Cartas

A LA PRINCESA RATTAZZI (*)

*El llamada á la princesa
Rodope, y así mismo se bautizaba,
con modesta naturalidad, Esquilo.*

R. D.

HAUTEVILLE-HOUSE,

13 de noviembre.

SERÍAS, señora, bastante buena para decirme si la *LEYENDA DE LOS SIGLOS*, que habéis recibido, es la que os he enviado, pues el honrado correo imperial juzga á propósito interceptar la mayor parte de mis envíos? Algunos diarios que por ello se han quejado, en el extranjero, tal vez

han llegado á vos. En todo caso, quizá os llevé el libro yo mismo, si Italia de aquí á entonces está ya libre como lo espero. Permitidme, que esperando el gran artículo prometido por vos al público, os agradezca las veinte líneas encantadoras que habéis escrito sobre la *LEYENDA DE LOS SIGLOS*. Y concededme, señora, la gracia de besar vuestra mano, toda radiante de poesía. Pongo á vuestros pies todos los homenajes de mi alma y de mi espíritu.

Querida y sublime Rodope: un pensamiento al despertarme, un pensamiento de recogimiento y de adoración, al leer estas páginas tan tristes, tan melancólicas y tan dulces; dejadme en este ensueño, depositar un beso sobre vuestro pie desnudo, pues, como dice Hesiodo, *EL PIE DESNUDO ES CELESTE*. Si mi audacia os enoja, castigad mi carta quemándola.

17 de julio.

No me pidáis ni verso ni prosa; pedidme, señora, que me conmueva hasta el fondo del alma por una carta como la que recibo; pedidme que os admire, que os aplauda, que os contemple—de muy lejos ¡ay!—Pedidme que comprenda que una mujer como vos es una obra maestra de Dios. Los poetas no hacen sino *liadas*; sólo Dios hace mujeres como vos; es así como se demuestra. Todo lo que me decís me conmueve. No puedo pensar sin un pesar melancólico, y casi amargo, en el lugar casi radiante en que me habéis colocado en vuestra imaginación. Es la gloria, señora, semejante lugar; ¡y ello hubiera podido ser mejor que la gloria!... Dejadme que me incline ante vuestra soberanía de gracia, de belleza y de espíritu, y permitid que á la distancia, y sin intentar franquear toda esta mar y toda esta tierra que nos separan, y quedando en mi sombra, y replegándome en ella aun más profundamente y más resueltamente, me ponga en pensamiento al menos, á vuestros pies, señora.

HAUTEVILLE-HOUSE,

1.º de julio.

Vuestro encantador envió me llega, señora, en medio de una nube de cartas po-

(*) Sobrina de Napoleón III y escritora de mucho talento y de gran belleza, de quien estuvo enamorado Víctor Hugo.

líticas (algunas muy sombrías), como una estrella en un torbellino. No sabría decir con qué emoción he visto ese deslumbrador retrato, que se parece á vuestro espíritu al mismo tiempo que á vuestro rostro, y la graciosa firma que lo subraya: buscad otra palabra que dé las gracias: JE VOUS REMERCIE NO ES SUFICIENTE.

2 de enero de 1883.

El sombrío Esquiló da las gracias á la deslumbradora y divina Rodope. Las tinieblas están MÁS QUE NUNCA enamoradas de la estrella. Vuestros pensamientos y vuestras cartas son perlas, de esas perlas ardientes de que habla el Korán. Sería preciso tener todo lo que vos tenéis, la dignidad mezclada á la pasión, la gracia exquisita y el deslumbrante espíritu; sería preciso ser vos misma, para que un hombre en el mundo pudiera creerse digno de vos. Me parece que si estuviese cerca de vos, en vez de estar tan lejos, os tomaría algo de vuestra alma, os robaría, como Prometeo á los dioses, esa llama celeste que está en vos. Pero estáis en Roma ¡ay! Dejadme en este ensueño hablaros y evocaros... ¡oh señora! Quien dice grandeza dice franqueza y vos sois franca porque sois grande. Desde hace doce días espero el COUP D' ETAT; espiaba y aguardaba... Hay que partir ahora. Héme aquí de nuevo en el torbellino, en el vaivén, en el movimiento continuo. Escribidme. Escribidme. Esquiló envía á Rodope toda su alma, todos sus ensueños.

VÍCTOR HUGO

La hija de la ventera

A orilla del Rin caminan tres mozos de bravo humor, y á una venta se encaminan, que otra vez les albergó.

Ventera: vino y cerveza de lo bueno, traiga acá: mas nos mira con tristeza.
—Su linda hijita ¿dó está?

—Mi cerveza hierve clara, buen vino hallaréis aquí; á mi hijita, ¡ay! prenda cara sobre el fèrreto tendí.

De la pieza en que reposa traspararon el umbral, y allí vieron á la hermosa sobre el lecho funeral.

Y el uno con mano osada de su rostro el velo alzó, fijó en ella su mirada, y entristecido exclamó:

“Si vivieras todavía, bella niña, de alba tez, juro que desde este día te amara con honda fe.”

El segundo cogió el manto y la yerta faz veló; y vertiendo amargo llanto, de ella la vista apartó.

“¿Y he de verte, ay! desdichado, en el fúnebre ataúd, yo que tan constante he amado tu belleza y tu virtud?”

Y el otro con pasión loca nuevamente el velo alzó, y en su mustia y fría boca, frenético la besó.

—Antes te amaba, hoy te quiero con igual ó mayor fe, y á pesar del hado fiero, viva ó muerta te amaré.

LUIS UHLAND

Odio y Amor

ABORREZCO á todo el mundo en masa, y en todo este montón apenas juzgo á uno ó dos dignos de ser odiados especialmente. Odiar á alguno es inquietarse por él tanto como si se le amara: es distinguirle, aislarle de la multitud: es hallarse en violento estado por su causa: es pensar en él de día y de noche: es morder la almohada al pensar que existe. ¿Qué más se hace por uno á quien se ama? Las penas y trabajos que se toman para dañar á un enemigo, ¿se sufrirían acaso para complacer á una mujer amada? Lo dudo. Para odiar bien á alguno es preciso amar á otro. Todo gran odio sirve de contrapeso á un gran amor. Mi odio es como mi amor, un sentimiento confuso y general que desea cifrarse en algo y no puede conseguirlo. Tengo dentro de mí un tesoro de odio y amor del cual no sé qué hacer y que me pesa horriblemente. Si no puedo desahogarme de uno ó de otro, ó de ambos á la vez, reventaré seguramen-

te como esos sacos llenos de dinero que se descosen ó se destripan. ¡Oh! Si pudiera aborrecer á alguien; si uno de esos hombres estúpidos entre quienes vivo llegara á insultarme de modo que pudiera hacer hervir en mis venas heladas mi vieja sangre de víbora, haciéndome salir de esta vaga somnolencia en que me encuentro!

TRÓFILO GAUTHIER

Siempre

Tú no sabes cuánto sufro! Tú que has puesto
(más tinieblas
en mi noche, y amargura más profunda en mi
(dolor!
Tú has dejado, como el hierro que se deja en una
(herida,
en mi oído la caricia dolorosa de tu voz.

Paipitante como un beso; voluptuosa como un
(beso;
voz que halaga y que se queja; voz de ensueño y
(de dolor.....
Como sigue el ritmo oculto de los astros el Océano,
mi sér todo sigue el ritmo misterioso de tu voz.

¡Oh, me llamas y me hieres! Voy á tí como un
(sonámbulo,
con los brazos extendidos en la sombra y el dolor.
Tú no sabes cuánto sufro; cómo aumenta mi
(martirio
temblosa y desolada, la caricia de tu voz.

¡Oh, el olvido! El fondo oscuro de la noche
(del olvido
donde guardan los cipreses el sepulcro del Dolor!
Yo he buscado el fondo oscuro de la noche del
(olvido,
y la noche se poblaba con los ecos de tu voz....

RICARDO JAIMES FREYRE

Las muchachas

YENDO hacia la ciudad en cuyas terrazas se canta,—bajo los árboles floridos como ramajes nupciales—yendo hacia la ciudad en donde el suelo de las plazas—vibra, en la noche azul y rosa, con silencio de dauzas fatigadas—encontramos á las muchachas de la llanura—que venían á la fuente—que venían anhelantes—mientras nosotros pasábamos.—La dulzura del cielo claro vivía en sus ojos tristes,—los pájaros de la mañana cantaban en sus voces dulces.—¡Oh, tan dulces con sus

ojos de buen augurio—y tan tiernos con sus voces de palomas indicadoras!—Ellas se sentaron para vernos, tristes y castas—y sus manos juntas, parecían guardar sus corazones en jaulas.... —Nosotros vamos hacia la ciudad en cuyas terrazas se canta,—bajo los árboles floridos, para buscar novias—¡oh campanas de alegría en el silencio de las plazas!—las campanas tiemblan como flores que se mecen.

HENRY de REGNIER

Jesús

(DE VÍCTOR HUGO)

Uno de aquellos que á Jesús herían con blasfemias, después de flagelarlo, arrancóle un puñado de cabellos en tibia sangre y en sudor bañados.

Y dijo alzando los crispados puños: "voy á ofrendarlos á Caifás." El manto de la noche, cayó sobre la tierra, y el hombre caminaba apresurado.

De pronto se detuvo como presa de una visión deslumbradora, y pávido y amedrentado vaciló.... Tema un haz de resplandores en la mano.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

Carraigis

(S. ULTU A E FALGU ÉRE.—Museo de
Luxemburgo)

¡Oh noble fe! Oh alta poesía! Oh puro ideal! Morir así como el joven mártir, lapidado el cuerpo y gozosa el alma! Apretar sobre el corazón la hostia santa mientras se cae al golpe impío! Ser el poeta, que al romperse, exhala su divino verso de piedad y de amor!

El Cristiano, bello y radiante, coronado con el orto de la juventud, marcha sobre su ensueño llevando el blanco pan de las eucaristías... Hijo de Jesús, flor de Galilea, destello de la promisión, en tu sonrisa vibran las delicias del beso materno, en tu alma vuelan alas seráficas entre acordes de aleluya, y flotan ante tus ojos pedazos de cielo tachonados de miriadas de vírgenes!...

La turba grita, aulla. Es la Bestia que trae todos los odios, todas las venganzas, todas las garras y todas las hambres del pasado. Te acecha, te vé, te sigue, se encoleriza, se en-

rojece y espumea su delito...y tú marchas sobre tu senda de naranjos y de alondras, adorable inmaculado!

Por fin, la piedra brutal silba en los cielos y te hiere y te derriba!. Entonces eres más bello! El dolor te completa, no el dolor que blasfema ni el que cede, no el que implora; el dolor que transforma la queja en dulce trofa de amantísimo perdón, el que añan el ideal con los últimos y más esfuerzos de la fe, el que haciendo diáfana la carne vencida deja ver los esplendores del alma invicta; el que conserva en la muerte puras las manos heróicas, tersa la frente soñadora, claros los ojos sonrientes y frescos de besos y de poesías los labios castos!

Mártir! Corona del castigo universal sobre la cabeza un inocente: sangre que para saciar la sed de la conciencia hacen brotar del corazón del justo los picos bravos de los buitres y las lanzas implacables de los fariseos; lágrima que rueda eternamente brillando sobre la cumbre de los siglos como faro y como estrella; anhelante imploración al cielo, de los brazos que se abren sobre la locura y la maldad; palabra de virtud que al caer de la cruz como perdón, se eleva sobre la cruz como esperanza!

¡Oh Tarcisius, pobrecito mártir, pobrecito poeta!

París

Jesús URUETA

Efebo

¡Tu cuello surge del seno como una torre de marfil—¡oh Efebo!; los bucles oscuros de tus cabellos,—flotan sobre tu palidez, líquidos y más azules—que la noche de ojos de oro con su traje de seda. Entre las vestiduras negras, tus flancos puros y nerviosos,—de los mármoles consagrados eternizan la gloria,—y tu boca sangrienta es la tibia pixide—en donde revive el perfume de las cremas fabulosas. Empero, tu lindo cuerpo de líneas rítmicas—no calmará nunca el amor de las prometidas;—tus grandes ojos, semejantes á gotas de mar,—no bajarán nunca de sus cielos poéticos—en los cuales sueñan, fraternalmente, los efebos antiguos—con Narciso, gran corazón que murió de amarse.

LAURENT TAILHADE

Poncio Pilatos

Lucio Elio Lamia fué al día siguiente á comer á casa de Poncio Pilatos: sólo dos puestos esperaban á los convidados. Servida sin lujo, pero honorablemente, la mesa soportaba platos de plata, en los cuales había higos en miel, ostras de Lucrín y lampreas de Sicilia.

Poncio y Lamia charlaron largamente sobre sus enfermedades y los diversos remedios que les habían recomendado. Después, felicitándose por haberse encontrado en Baia, hablaron de la belleza del lugar. Lamia celebró las gracias de las cortesanas que pasaban por la playa, cargadas de oro y cubiertas con velos bordados entre los bárbaros; pero el viejo procurador deploraba esa ostentación, que por vanas pedrerías y por telarañas tejidas por los hombres, hacía pasar tanto dinero romano á pueblos extranjeros y aun enemigos del imperio.

Después hablaron de los grandes trabajos cumplidos en el país, de ese puente prodigioso establecido por Cayo entre Puteoles y Baia, de los canales mandados á hacer por Augusto para recibir las aguas del Averno y del Lucrín.

—Yo también—dijo Poncio suspirando—yo también quise emprender grandes trabajos de utilidad pública.

—Es un gran problema político—dijo Lamia—saber si debe hacerse la felicidad de los pueblos, á pesar de los obstáculos que opone su estupidez.

Poncio Pilatos prosiguió sin escucharle...

—Todo lo que viene de los romanos es odioso á los judíos. Nosotros somos para ellos seres impuros y sólo nuestra presencia es á sus ojos una profanación.

Tú sabes bien que no se atrevían á entrar al Pretorio, porque temían mancharse, y que era preciso que yo ejerciera la magistratura pública en un tribunal al aire libre, sobre ese pavimento de mármol que tantas veces pisaste.

Los judíos nos temen y nos desprecian; sin embargo, Roma es la madre benéfica de todos los pueblos que reposan sobre su seno venerable. Nuestras águilas han

llevado la paz y la libertad hasta los límites del Universo. No vé en los vencidos sino amigos, y deja á los pueblos conquistados sus costumbres y sus leyes.

¿Por qué te ríes, Lamia?

—Me río—dijo Elio—de una idea extraña que acaba de ocurrírseme. Pienso que un día el Júpiter de los judíos, pudiera venir á Roma y perseguirte con su odio. ¿Por qué no? El Asia y el Africa nos han dado ya un sinnúmero de dioses. Feme, pues, Poncio, que el Júpiter invisible de los judíos no desembarque un día en Ostia.

Una rápida sonrisa pasó por los labios del viejo procurador. Después añadió:

—¿Cómo impondrán los judíos su ley santa á los extranjeros, cuando ellos mismos se desgarran entre sí para interpretar esa ley? Tú los has visto, Lamia, hacerse trizas sus túnicas grasosas, en torno de algún desgraciado preso de delirio profético. No conciben que se discutan en paz y con serenidad de alma las cosas livinas, que están siempre veladas y llenas de incertidumbre; porque nosotros nunca conoceremos la naturaleza de los dioses. Además, como desde que el genio de Roma está sobre ellos, las sentencias capitales pronunciadas por sus tribunales no pueden ser ejecutadas sino con la sanción del protocónsul ó del procurador, los judíos importunan á cada momento al magistrado romano para que apruebe sus sentencias de muerte y acosaan al procurador con sus gritos de muerte.

Multitud de veces los ví agruparse furiosos en torno de mi silla de marfil, tirar de mi toga, de las correas de mis sandalias, para reclamar, para exigir la muerte de algún desgraciado, cuyo crimen no podía yo justificar, pero á quien yo creía tan loco como ellos. En los primeros tiempos de mi gobierno, intenté hacerles escuchar la razón y librar del suplicio á sus miserables víctimas; pero esa compasión mía les irritó más; sus sacerdotes escribieron á César que yo violaba sus leyes y Vitelio me reprendió severamente.

No creas, Lamia, que yo alimento rencores ni cóleras serviles para ese pueblo ingrato; pero preveo que no pudiendo

gobernarlos será preciso destruirlos. Alimentan en la sombra inmensas esperanzas y meditan locamente nuestra ruina. Esperan un príncipe de su sangre que ha de gobernar el mundo. Es preciso destruir ese pueblo; tal vez los dioses me permitan mirar las casas y las murallas de Jerusalén presa de las llamas y todos sus habitantes pasados á cuchillo.

Lamia intentó calmar la ira vengativa del procurador.

—Poncio—dijo—me explico muy bien tus resentimientos y tus sinistros presagios; pero tú no conociste á fondo el carácter de los judíos. Yo viví como curioso en Jerusalén, me mezclé á sus fiestas y á sus reuniones, y pude observar en ellos virtudes que tú no conociste. Conocí á muchos de alma sencilla y leal, y tú viste á otros morir por una idea; tales hombres no son despreciables. Te confieso que nunca me fueron simpáticos los judíos; en cambio, me gustaron mucho las judías. Yo era entonces joven y las rías me turbaban profundamente los sentidos. Sus labios rojos, sus miradas húmedas, sus carnes, impregnadas de narro y de mirra, tenían para mí un encanto raro y delicioso.

Poncio escuchaba impacientemente á Lamia

—Yo—prorrumpió—nunca caí en las redes de los judíos, y jamás aprobé tu incontinencia. Si no te reproché tus amores con la mujer del cónsul, fué porque expiabas duramente tu falta. El matrimonio, Lamia, es sagrado entre los patricios; es una institución en la cual se apoya la felicidad de Roma; y lo que más te reprocho es que hayas permanecido célibe y no hayas dado hijos á la República, como debe hacer todo buen ciudadano.

Pero el ex-amante de Lépidia no escuchaba al viejo magistrado de la Judea. Habiendo vaciado su copa de Falerno, parecía sonreír á una imagen invisible. Después de un momento de silencio, prosiguió, á media voz, como evocando un recuerdo.

—Ah! Bailan con tanta languidez las mujeres de Siria! Yo conocí una que á la luz de una lámpara humeante y sobre un tapete viejo, bailaba levantando los brazos para chocar los timbales. Me

gustaban sus danzas bárbaras, sus cantos tristes, su carne perfumada con incienso y la somnolencia en que parecía vivir. Yo la seguía por todas partes; me mezclaba á los republicanos y á los soldados que la rodeaban; pero un día desapareció y no la volví á ver. La busqué por todas partes y después de algunos meses supe casualmente que se había unido á un tropel de hombres y mujeres que seguía á un joven taumaturgo galileo. Se llamaba Jesús; era de Nazareth y fué crucificado por no sé qué crimen. Poncio, ¿te acuerdas de ese joven?

Poncio Pilato frunció el entrecejo, se llevó la mano á la frente como si buscara un recuerdo, y, después de unos instantes, contestó:

—¿Un joven llamado Jesús? ¿Un taumaturgo de Nazareth? No, Lamia, no me acuerdo de ese galileo.

ANATOLE FRANCE

Felipe IV

NADIE más cortesano ni pulido que nuestro rey Felipe, que Dios guarde, siempre de negro hasta los pies vestido.

Es pálida su tez como la tarde, cansado el oro de su pelo undoso y de sus ojos, el azul cobarde.

Sobre su augustó pecho generoso ni joyeles perturban, ni cadenas el negro terciopelo silencioso.

Y, en vez de cetro real, sostiene apenas, con desmayo galán, un guante de ante la blanca mano de azuladas venas.

MANUEL MACHADO

Sangre patricia

Para Froilán Turcios: con toda la estima y simpatía de su compañero y amigo

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ.

Hé aquí un libro de música y de pensamiento, raro, sugestivo, y de una hermosura embriagadora. De la primera á la última página corren por él, en rápidos vuelos, melodías hondas y perfumes arcanos. Parece que, en algunos de sus párrafos, las palabras tienen alas y van á huir como verdes luciérnagas errabundas.

Si pudiera reducirse á leyes y á términos precisos la sutil psicología del color—(locura llamaron á la deliciosa teoría de Arthur Rimbaud)—yo diría que este libro ES VERDE. También es un canto polifónico al mar, verde abismo poblado de misterios.

Como dos esmeraldas fulgurantes—después de la lectura del volumen—quedaron vagando en mi fantasía los ojos sobre-humanos de Belén Montenegro; y de esa emoción inicial, nota suprema de la melodía que se desarrolla en toda la obra, surgieron ritmos é ideas como chispas de oro.

Saturado de una estética profunda, mejor que una novela, este libro pudiera ser un gran poema simbólico. Entreveo—entre el esplendor de sus páginas marmóreas—un hondo símbolo de muerte. Pasa por él una gélida ráfaga sepulcral y el brillo visionario de las pupilas sobrenaturales, inmortalmente abiertas bajo las aguas amargas.

Este poema extraño—florido de dolor y de sueño—es una fastuosa joya florentina, un mágico vaso de cristal, fino como un encaje y lleno de esmeraldas—pupilas inmóviles de la criatura misteriosa que ya muerta vivió una vida intensa en el alma atormentada de su amante.

Perturba, como una insólita embriaguez, la obsesión del ensueño mortuorio, casto y melancólico y también ardiente como un pecaminoso lirio de pesadilla; que lleva al atormentado sobre la ola pérfida á costas remotas, sin que pueda olvidar en los canales dormidos de Venecia ni en las aguas azules de Sorrento la memoria, húmeda de lianto, de las pupilas inconsolables que le llaman y le besan desde una fantástica ciudad submarina.

Fuera de mí toda hipérbole al decir que el Estilo ha encontrado en Díaz Rodríguez un cultivador noble y alto; y que su libro de gracia es uno de los volúmenes más intensos y más armoniosos que se han publicado en estos últimos años en Hispano-América. Es, en el absoluto sentido de la palabra, una obra de hermosura. Obra de refinamiento y de psicología; que llora y que canta; y que hace vibrar, en lo recóndito del espíritu, el harpa de las hondas tristezas.

Quien lea este libro arcano con el recogimiento religioso del arte, conservará de él, entre múltiples emociones más ó menos intensas, dos armonías perdurables: el dolor de los verdes ojos muertos y el canto de la sirena, al caer el crepúsculo, en el vasto silencio del mar.

FROILÁN TURCIOS

NOTAS

Permanentes

—*Agradecemos á los periódicos y revistas con qe tenes establecido el canje, la reproducción de nuestros sumarios.*

—*Esperamos que las publicaciones que reproduzcan nuestros materiales extranjeros, indiquen su procedencia. Esto lo creemos de estricta justicia; ya que n s ocasiona un trabajo especial la esmerada labor de selección.*

Las bellas trenzas.

No es una novedad el comercio que s hace con los cabellos de las mujeres.

Víctor Hugo lo ha eternizado en "Los miserables," pintando á Fantina frente al espejo, segando sus hermosas trenzas rubias, y arrancándose los dientes de marfil para dar pan á su hijo.

Hay infinidad de corredores de comercio, agentes que recorren todos los países del mundo, especialmente Francia, Alemania, Suiza, Rusia y China, buscando hermosas cabelleras.

En Francia, Bretaña, es la que proporciona más cabelleras á los peluqueros. Las muchachas bretonas tienen el pelo muy fino y allí la miseria es grande. Los "chasseurs de scalps" encuentran buena mercancía.

Es una verdadera seducción. Los agentes ponen sitio á las mozas, enseñando las monedas de plata á cambio de las gruesas trenzas. Y al fin sucumben á la miseria, y los "cazadores" cortan con sus tijeras las bellas trenzas.

Francia proporciona abundantes cabellos castanos y negros; Alemania y los países del Norte, cabelleras rubias. Londres es el inmenso mercado de los agen-

tes. Algunos de éstos gauan 20 ó 25.000 francos al año. Se hacen operaciones por valor de 150.000 libras esterlinas al año, aproximadamente.

Los precios son muy variables.

Los cabellos rubios, los negros, los castaños son á veces muy apreciados; pero hay unos que lo son mucho más; los cabellos de la vejez, los cabellos blancos.

Una hermosa cabellera blanca vale undineral.

Bibliografía

Por los correos últimos hemos recibido los siguientes libros:

SANGRE PATRICIA, novela de Manuel Díaz Rodríguez.—Caracas—Venezuela.

LOS MODERNISTAS.—Volumen de 333 páginas, editado en Montevideo, Uruguay. Su autor es Víctor Pérez Petit. Consta de once estudios.

BROTOS.—Poesías de Justo Pastor Ríos.—Habana—Cuba.

POEMAS de Isaías Gamboa.—Santiago—Chile.

RAUL, por F. Contreras V.—Santiago—Chile.

MARGARITA (novela ensayó), por Felipe A. Oterreño.—La Plata—República Argentina.

ORTOS, libro de prosas de Rafael Angel Troyo.—San José de Costa-Rica.—1903.

Pronto nos ocuparemos—con alguna extensión—de dichas obras.

La Revista Nueva

Ha vuelto á aparecer en Tegucigalpa el simpático periódico con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

Don Froilán Turcios, redactor de dicha Revista, es un batallador, y á su talento y esfuerzos meritísimos el periodismo hondureño y el buen gusto que parecían aletargados, después de un pasado muy glorioso, han sacudido su marasmo, y vigorosos reaparecen en la arena.

La REVISTA NUEVA es honra de las letras centroamericanas

Enviamos nuestro atento saludo al colega hondureño.

Diario Santaucco ta a, El Salvador

Reapareció

En Tegucigalpa, Honduras, reapareció, el 6 del presente mes, la *Revista Nueva*,

dirigida y redactada por el poeta don Froilán Turcios.

Sea bienvenido el colega, á quien deseamos muchos triunfos.

Diario de Centro-América, Guatemala

Simpática visita

Hemos recibido el número 39 de la *Revista Nueva*, el periódico de lectura exquisita y delicada, que con tanto acierto dirige en esta capital don Froilán Turcios. En sus 16 páginas de material registra trabajos artísticos de mucho mérito, que á primera vista reflejan el buen gusto del poeta Turcios y demuestran á la vez una difícil labor de selección. Vayan á él nuestros sinceros y entusiastas aplausos!

Diario de Honduras

Revista Nueva

El inteligente y conocido escritor hondureño, don Froilán Turcios, ha vuelto á reanudar sus tareas literarias, publicando su artística *REVISTA NUEVA*, que con tanta habilidad dirige. Deseamos que el señor Turcios no desmaye en dar á conocer al mundo literario la altura á que han llegado nuestras Letras Nacionales.

La Opinión del Pueblo, San Pedro Sula

Biblioteca de Zola

Una nota triste: la venta en pública subasta, de la biblioteca de Zola. El libro que fué más pujado y que obtuvo más precio, es un breviario del siglo XV, breviario vendido en 4.700 francos, en el cual inspiró Zola su hermosa novela *Reve*. Otro libro, *Questions sociales*, dedicado por Waldeck Rousseau "en homenaje de admiración" á Zola, alcanzó el precio de 175 francos. ¿Qué precio alcanzaría en la Habana un libro que Martí dedicó al Doctor Betances?...

Va á venderse la gran mesa de despacho en la que Zola escribió sus *Rougon*. Y en presencia de esta attonada etroz, aunque por causa de fuerza mayor, el ánimo se entristece. Con ella coincidió la muerte de otro hombre notable, el sabio filósofo Gastón París, tuerto que veía más que sus compañeros de academia.

Mlle. Wanda de Boncza

ASTO

S

en París y entemente.

Ha tenido un magnífico cortejo esta dolorosa criatura de gracia y de belleza que el destino perverso acaba de arrebatarse tan brutalmente. Un buen cortejo de amistades fervientes y de desconsuelo, un cortejo de piedad enternecida y de cólera también contra la injusticia de las cosas. Había rostros bañados en lágrimas

mas en el cementerio á donde la escoltó la multitud. Los amigos de Wanda de Boncza lloraban á la amiga encantadora, sencilla y fina, á quien veían bajar á la tierra, cubierta por su rígida vestidura de madera lustrada. Pero los otros, los indiferentes, los que no habían hecho más que vislumbrarla en la vida, lloraban todo lo que, en esperanza y en belleza, parecía con ella.

Treinta años, ojos negros, un rostro resplandeciente, una fama temprana, un talento que aumentaba á cada esfuerzo, la fe en su estrella, una vida feliz y mimada, y el raro atavío que le formaban los corazones fieles, solícitos para halagarla... esto es todo lo que acabamos de enterrar, y que desaparece para siempre con los restos marchitos que guarda ese ataúd....

El FIGARO, de París.

La Fama

Se calcula que la fama de que disfruta *Straford-on-avon*, por haber nacido allí Shakespeare, equivale para dicha población á un capital de 23.000.000 de francos. Lo que se cobra por permitir la entrada en la casa del poeta, en la quinta de Anne Hatheway, en la iglesia, en el monumento y en la escuela, representa una suma anual que no baja de 759.000 francos; lo que es igual á la renta de 3 por 100 de capital, semejante á la cantidad referida. En estos cálculos no se incluye la utilidad que reporta el ferrocarril la peregrinación á la Meca del condado de Warwick, ni la que produce á los comerciantes y negociantes la venta de buen número de fotografías, folletos y recuerdos de la población y del gran poeta.

Némesis

Vargas Vila nos ha enviado el valiente periódico político que con este título está publicando en Nueva York.

Un párrafo

"Hace tiempo que estoy en deuda con usted. Su *REVISTA NUEVA*, que me visita regularmente, proporcionándome una verdadera fiesta intelectual—obliga mi gratitud. Hubiera deseado decirle á usted algo de lo mucho y muy bueno que sobre ella se me ocurre; pero siempre causas ajenas á mi voluntad (y crea que esto no es una mera excusa me han impedido hacerlo. Por lo demás, no es con frases vulgares y de ritual con lo que yo celebraría su valerosa labor y el talento con que la persigue. Así es que continúo en deuda hasta que pueda solventarla á mi satisfacción."

VÍCTOR PEREZ PETIT

Montevideo—Uruguay.